

CRIMEN

Edición de ALEXIS RAVELO

A
G
U
S
T
Í
N
E
S
P
I
N
O
S
A



SIRUELA


CRIMEN

AGUSTÍN ESPINOSA

Agustín Espinosa

CRIMEN

Edición y prólogo
de Alexis Ravelo

 Siruela
Libros del Tiempo

Edición en formato digital: noviembre de 2019

En cubierta: *Retrato de Agustín Espinosa* (1979), de César Manrique

© Colección Fundación César Manrique, Lanzarote

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Prólogo de Alexis Ravelo, 2019

Autor representado por

The Ella Sher Literary Agency, www.ellasher.com

© Herederos de Agustín Espinosa, 2019

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17996-44-4

Conversión a formato digital: María Beloso

PRÓLOGO

DEPURACIÓN

DON AGUSTÍN ESPINOSA GARCÍA. LENGUA Y LITERATURA. Izquierdista: autor de «Crimen de Agustín» que dio motivo a la protesta de la Asociación de Padres de familia y una película inmoral y sacrílega que no consiguió representar en ningún cine de Las Palmas.

Estas son las acusaciones de las que informa el gobernador civil de Las Palmas a la Comisión Depuradora C de Instrucción Pública de la misma provincia, el 31 de marzo de 1937. A lo largo de los meses siguientes, conforme avanzaba su expediente de depuración, se iría mostrando la inexactitud, cuando no la clara falsedad, de dos de esas acusaciones a Agustín Espinosa, a la sazón profesor de Lengua y Literatura en el Instituto Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria.

Para empezar, no sabemos con precisión dónde se situaba políticamente. Puede que fuese demócrata liberal, tal y como lo había descrito alguna vez la prensa, o incluso monárquico, como él mismo llegó a afirmar. En cualquier caso, tras la lectura de sus artículos durante la dictadura de Primo de Rivera y el periodo republicano, puede confirmarse que no era persona de izquierdas, aunque muchos de sus amigos y compañeros sí lo fueran. También cultivaba amistades en el otro extremo del arco político y, de hecho, editaba textos en *La Gaceta Literaria*, la revista que publicaba en Madrid Ernesto Giménez Caballero. Cierto es que en diciembre de 1936 se afilió a Falange, pero es más que probable que lo hiciese para favorecer una resolución positiva de ese expediente de depuración en curso y, sobre todo, para evitar una suerte similar a la que habían corrido algunos de sus compañeros, encarcelados, exiliados o desaparecidos.

En cuanto al tercer cargo, el de ser autor de «una película inmoral y sacrílega que no consiguió representar en ningún cine de Las Palmas», la película no había sido filmada por él, ni mucho menos. El filme en cuestión era *La edad de oro*, de Luis Buñuel. Sí es cierto que Espinosa había intentado proyectarlo en Las Palmas de Gran Canaria, como antes lo había hecho en Santa Cruz de Tenerife y en ambas ocasiones sin éxito. *La edad de oro* solo se exhibiría en Tenerife en una sesión matinal y privada en junio de 1936 y luego la copia viajaría a Las Palmas, donde según la leyenda sería enterrada en un solar tras el golpe militar del 18 de julio. Como digo, esto es una leyenda —y no la única, por cierto, en torno a la vida de Espinosa—, pero es tan triste como hermoso pensar que bajo los cimientos de algún edificio de esa ciudad existe aún una lata que contiene una copia de esta película escandalosa e inolvidable[1].

La segunda acusación es la que se acerca más a la verdad, si bien contiene también un error: la obra que Agustín Espinosa García escribió no se titulaba *Crimen de Agustín*, sino, sencillamente, *Crimen*, y él mismo la denominó una «novela surrealista». Su aparición provocó el escándalo en 1934, y dos años más tarde, mientras se llevaba a cabo la depuración de su autor, es probable que sus últimos ejemplares estuviesen escondidos en un hotel tinerfeño. Otra leyenda afirma que habrían sido quemados. Esto también me parece interesante, porque siempre han despertado mi simpatía los libros amenazados por el fuego. *Crimen* pudo haber desaparecido así, en un secreto auto de fe, o bajo un montón de tierra y cemento, como se ha dicho que pasó con la mencionada copia de *La edad de oro* y como podría haber ocurrido con la figura del propio Espinosa. Si no fue así, se debió únicamente al esfuerzo de una serie de personas que amaban su obra. Justo por los mismos motivos, porque una serie de personas aman la obra de Espinosa, hoy, más de ochenta años después de su aparición, tiene usted en las manos un ejemplar de *Crimen*.

Pero es muy probable que para usted Agustín Espinosa sea aún un desconocido. Conseguir que deje de serlo es el motivo de estas páginas, que podría saltarse si ya tiene cierta familiaridad con el autor tinerfeño o es de esos lectores no del todo equivocados que se saltan los prólogos o únicamente los leen después de haber disfrutado del texto. En caso contrario, mi propuesta es simple: un mero acercamiento a la figura y la obra de este escritor singular, contradictorio y valioso que fue injustamente olvidado durante tanto tiempo, como si la historia de las letras españolas hubiese decidido someterlo a otro largo expediente de depuración, que prolongase durante décadas el que sufrió en su cátedra de profesor, pero acaso más terrible, pues su castigo no sería el traslado y la inhabilitación, sino el silencio.

LOS CRÍMENES DE AGUSTÍN ESPINOSA

Al margen de los que se le achacaban en aquel expediente de depuración académica, Agustín Espinosa sí cometió varios crímenes. Hablo, claro está, metafóricamente: en su vida personal debió de ser hombre recto, amable, bienhumorado. Quienes lo conocieron hablan de su serenidad, su tendencia a la sonrisa, la grata conversación y el gesto amable. Hay fotografías que lo retratan posando con amigos en torno a una mesa en la que hay fiesta, vino y una guitarra; otra lo muestra como un adolescente flaco cuya postura desgarbada tiene algo de un Humphrey Bogart con cara de buena gente; aparece en otras imágenes posando con André Breton y Benjamin Péret o en grupos en los que también está Rafael Alberti. Hay una última foto, realizada por Eduardo Westerdahl, que siempre me ha llamado la atención: en ella bromea, fingiendo ahorcarse con una manguera. Espinosa tiene en esa foto treinta y ocho años —no llegó a cumplir cuarenta y dos— y es ya padre de familia, catedrático de instituto, presidente del Ateneo de Santa Cruz de Tenerife. En suma, esa foto muestra a un señor respetable que vive en la capital de provincia más alejada de la metrópoli, haciendo el gamberro con un gesto irreverente que oscila entre lo desafiante y lo pueril. Si me preguntaran cuál de las imágenes que he visto de él lo define mejor, diría que es justo esa: la de un profesor bien vestido y perfectamente peinado, haciendo el golfo ante la cámara de uno de sus buenos amigos.

Sin embargo, aunque solo sea metafóricamente, Agustín Espinosa cometió diversos crímenes. El primero debió de ser nacer antes de tiempo, en 1897, y en Puerto de la Cruz, una ciudad ni

siquiera capitalina de la provincia de Tenerife, en el archipiélago canario. El último, morir también antes de lo que le tocaba: en enero de 1939, depurado de su cátedra, alejado de muchos de sus amigos y camaradas intelectuales, intentando salvar el pellejo y reincorporarse a su empleo para poder continuar manteniendo a su familia.

Entre estos dos delitos, hubo muchos otros: viajar fuera de su isla —a Granada, a Madrid, a París, a Bucarest— y entender que soplaban nuevos aires creativos; sumarse a la orgía vanguardista en la que diferentes ismos se entremezclaban hasta dar como resultado, en su caso, una obra final de honda raíz surrealista; organizar en aquella provinciana Santa Cruz de Tenerife —también antes de tiempo, también donde no tocaba— la primera exposición surrealista celebrada en territorio español. Crímenes no menores fueron su incesante activismo cultural y su posición de corresponsal en ese territorio excéntrico de figuras como Óscar Domínguez, Juan Ramón Jiménez o Federico García Lorca; su diálogo con las obras de Clavijo y Fajardo, Walter Scott, Lautrémont o Lope de Vega, y con sus contemporáneos D'Ors, Unamuno u Ortega. Y, por supuesto, la difícil adscripción de sus obras mayores a un género concreto, la amplitud inabarcable de sus intereses y estudios. Los que cronológicamente son sus últimos crímenes puede que sean también los de más graves consecuencias: haber contemplado con escepticismo el advenimiento de la Segunda República, no acabar en un campo de concentración, en una cuneta o en el exilio tras el golpe de Estado de 1936 y, lo que es peor, ponerse la camisa azul para intentar escapar a cualquiera de esas suertes, pero hacerlo de manera tan poco convencida como poco convincente, pese a que llegara al punto de abjurar de su obra capital para salvar el pellejo.

El hecho de que estos últimos delitos atenten contra la comodidad de críticos e historiógrafos posiblemente explique su exclusión del canon de estudios de la llamada generación del 27 —a la cual estrictamente pertenece— y su casi absoluto olvido por parte de las academias; su desatención editorial hasta 1974; su nueva caída en el olvido hasta las últimas décadas del siglo XX, logrando un prestigio restringido al ámbito insular, que siempre se le quedó corto; la ignorancia de sus textos por parte de los estudiosos que hacen encajes de bolillos con los de Alberti, Lorca y hasta Gómez de la Serna buscando en ellos los rastros e influencias del surrealismo mientras obvian sistemáticamente a Agustín Espinosa, que publicó este libro manifiestamente surrealista desde la primera hasta la última página.

Todo lo cual justifica precisamente la presente edición de esa obra capital que origina, y, al mismo tiempo, el más grave de los crímenes de Agustín Espinosa: publicar *Crimen* en 1934, cuando ni la isla de Tenerife —donde se dio a imprenta— ni España ni, acaso, el mundo estaban preparados para un texto así.

Entra en lo posible que hoy el mundo esté menos preparado que nunca para este libro. Hoy, cuando las viejas estructuras mentales del tradicionalismo se han renovado en sus formas y se suman a las huestes de la lapidación social para despedazar toda aquella manifestación creativa que se salga de los estrictos márgenes del correctismo, un texto como *Crimen* cosechará para Espinosa la ira y el oprobio que también sufrirían Sade, Pauline Réage, George Bataille o el Conde de Lautrémont, de estar vivos y tener perfil en alguna red social. Hoy, como en 1934, *Crimen* será merecedora de que legiones enteras de padres y madres de familia corran a lapidar a Espinosa con su ira siempre justificada y siempre miope, ajena, también como siempre, a que la obscenidad jamás está en lo que se ve sino en el ojo de quien mira.

Solo el lector cómplice, el lector de experiencia, sabrá entender que más allá de la provocación, del salvaje erotismo y del negrísimo sentido del humor que presiden cada página de

Crimen, se desarrolla entre sus líneas una muy seria partida de dados en la que la apuesta es cada vez más alta; que el posible machismo, la probable pedofilia, las situaciones psicopáticas que el texto plantea no son más que juegos para sacar al burgués del ámbito de su comodidad y hacerlo extrañarse ante la realidad.

EL ESCRITOR SECRETO

Cuando me encontré por primera vez con Espinosa, yo era joven y quería ser escritor. Lo leí por consejo de Antonio Becerra —mi amigo y compañero de redacción en una humilde revista literaria—, que me prestó el volumen en el que aparecía *Crimen* junto a *Lancelot 28° 7°* y *Media hora jugando a los dados*, editado por Taller de Ediciones JB (Madrid, 1974). Y entonces me enfrenté a la primera página de *Crimen*, que, aún hoy, sigue siendo para mí como una patada en la puerta, un puñetazo en la cara.

Mi primera impresión fue que estaba ante un texto tremendamente plástico que convocaba imágenes de un erotismo morboso, sadomasoquista a varios niveles. Pero no era eso lo impactante. Uno ya había frecuentado —marcando las páginas más explícitas, claro está— aquellos libros que se leían con una sola mano: el *Justine*, el *Sexus* de Miller, *Historia de O*, los cuentos de Anaïs Nin y hasta las novelas setenteras de Leopoldo Azancot. ¿Qué era lo que hacía de aquel comienzo enfermizo un imán, un *maelström*, un agujero negro? ¿Dónde estaba el truco? Relectura a relectura, fui cayendo en la cuenta: la emboscada de la elisión del sujeto en la primera frase, la puntuación supeditada al ritmo, el brusco cambio en la posición del narrador, la elección de adjetivos —con presencia de neologismos creados por oposición e inmediatamente comprensibles—, la resistencia a la tentación del lenguaje malsonante —a la que cualquiera menos hábil habría sucumbido en la tercera línea— pese a la naturaleza escatológica de lo narrado.

Estos rasgos mostraban a un escritor tan conocedor de las herramientas del oficio narrativo como deudor de la poesía. Sin embargo, ¿a qué venía aquella sexualidad violenta, aquel muestrario de escatologías? A un afán provocador, evidentemente. Sí, pero ¿por qué? ¿Cuál era el motivo secreto, la intención última de Agustín Espinosa al escribir un texto así, escandalizando a sus contemporáneos hasta el punto de labrarse su propia desgracia?

Debo confesar que nunca he hallado la respuesta, si esta existe. Pero he pasado años buscándola, sumergiéndome en *Crimen*, así como en el resto de las obras de Espinosa, incluidos sus poemas y artículos, intentando hacerme con todas las facetas de ese polígrafo que fue y cuyos textos contrastan sorprendentemente con su propia biografía, que es más bien la de un hombre de orden, padre de familia, profesor ejemplar, caballero educado sin escándalos ni conductas radicales en su currículum público.

Creo que puede resultar útil, para el nuevo lector de Espinosa, explorar esa biografía y plantearse dónde, en qué momentos, autor y obra se dan la espalda. Porque quizá sea en esa escisión, en el punto en que la vida personal y la escritura se contradicen mutuamente, donde habría de buscarse el sentido de algunos parámetros de esta última. Entender cuál era su mundo. Adquirir contexto. Y el contexto es el de una explosión creativa en la trastienda del mundo.

EL CONTEXTO

Sí, en las primeras décadas del siglo XX Canarias era la trastienda del mundo. A los canarios nos gusta recordar que era un importante lugar de tráfico portuario entre Europa, América y África. Nos consolamos pensando en que las grandes compañías teatrales y operísticas recalaban en esos años en nuestros puertos y actuaban en nuestros teatros, pero obviamos que lo hacían para unos pocos. Disfrutamos también acordándonos de las estancias de Unamuno en las Islas, pero lo cierto es que la segunda vez que visitó Canarias, Unamuno no lo hizo como invitado a unos juegos florales, sino para cumplir una pena de confinamiento, porque la hermosa isla de Fuerteventura puede ser también la árida y agreste isla de Fuerteventura, un lugar perfecto adonde enviar a alguien para quitarlo de en medio o castigarlo. De hecho, según sugiere la moderna arqueología —erosionando, de paso, nuestro romántico mito del aborigen—, no de otra forma debieron de comenzar a ser habitadas las Islas: sus primeros pobladores fueron llegando, al parecer, en sucesivas expediciones punitivas desde el norte de África. Se nos llena la boca rememorando la vocación viajera de los canarios que recorrieron América fundando o nutriendo ciudades desde el siglo XV, pero obviamos que en muchas ocasiones lo hicieron de manera forzada y, en el resto, huyendo del hambre.

La verdad es que hasta la Segunda República —y después— las Islas eran lo que algún poeta describió como siete colillas apagadas en el cenicero de los mares, un purgatorio de la hispanidad, una sociedad agropecuaria con dos capitales de provincia relativamente desarrolladas[2] y numerosas comunidades rurales que se hallaban siempre en el límite de la subsistencia. Una sociedad incapaz, pese a puntuales intentos, de sobreponerse a un atraso secular.

Bien es cierto que se trataba de un territorio estratégico para Europa, punto de explotación agrícola para las filiales inglesas de la United Fruit y base logística para sus operaciones africanas, además de posible lugar de vacaciones, porque la cerrada comunidad británica ya había comenzado a fijarse en Canarias como destino turístico desde finales del siglo anterior. Pero aquella sociedad agraria descendiente de mestizos de todo el mundo, con una clase oligarca y terrateniente a la que comenzaba a agregarse una tímida burguesía comercial, era una de las más atrasadas de España. Un solo dato: la tasa total de analfabetismo en 1920 era del 65 por ciento, solo superada por la de Murcia.

Por eso es por lo que sorprende que fuera en el seno de esta misma sociedad donde, de pronto, entre 1927 y 1936, se produjese un florecimiento literario y artístico que situó a sus creadores en la punta de lanza de la vanguardia cultural del momento.

Entre esas fechas, entre el ecuador de la dictadura de Primo de Rivera y el golpe militar del 18 de julio, coinciden en su febril actividad varios núcleos de escritores y artistas plásticos canarios que se orientan hacia las más modernas tendencias europeas de la época. Plácido Fleitas, Juan Ismael y Felo Monzón, alumnos de la Escuela Luján Pérez, están ya en plena producción artística en Gran Canaria, donde también han comenzado sus carreras los hermanos Josefina y Claudio de la Torre[3]. En Tenerife, en torno a las revistas *La Rosa de los Vientos*, *Cartones*, *Índice* y, especialmente, *Gaceta de Arte* se congregan poetas e intelectuales como Eduardo Westerdahl, Pedro García Cabrera, Ángel Valbuena Prat, Juan Manuel Trujillo, Agustín Miranda Junco o Emeterio Gutiérrez Albelo.

Aparecen también en esos años dos deslumbrantes estrellas fugaces. Una, poética, en Tenerife: Domingo López Torres. Otra, pictórica, en Gran Canaria: José Jorge Oramas. Ambos de origen

humilde y con algo de juvenil ingenuidad. Ambos geniales e irrepetibles en sus respectivas disciplinas. Ambos malogrados: el más longevo de ellos murió a los veintiséis años. A José Jorge Oramas lo mató la tuberculosis tras su segunda exposición. A López Torres lo asesinaron las huestes franquistas, arrojándolo al mar, después de que pudiera escribir solo una cincuentena de artículos y dos exquisitos libros de poesía, el último de ellos en el campo de concentración de Fyffes, su último hogar.

Por su parte, su compañero de la mili, Óscar Domínguez, se dedicaba por aquellos años a ir y venir entre Tenerife y París, y había introducido la técnica de la decalcomanía entre los surrealistas franceses. No hay que perder de vista a Óscar Domínguez si se quiere entender cómo fue posible que fuera en Tenerife donde tuvo lugar la Segunda Exposición Internacional del Surrealismo[4].

Es durante esos años de figuras brillantes en la literatura y el arte canarios, cuando Espinosa desarrolla lo mejor de su producción literaria, particularmente en el arco que abarcan las fechas de publicación de *Lancelot 28º 7º* y *Crimen* —esto es, entre 1929 y 1934—, a lo largo del cual despliega una incesante actividad como columnista, crítico y conferenciante.

¿Qué había pasado antes en la vida de Espinosa? Que había nacido en una pequeña localidad del norte de Tenerife, que había estudiado, que había viajado, que había conocido a María Ana.

UN MUNDO PEQUEÑO

Aquí, en el Puerto de la Cruz, nací yo, en una casa cuyo mirador estoy viendo mientras te escribo, tan alto casi como la torre de la iglesia. Aquí, por estas calles, callejones y callejas, he correteado y he palanquineado hasta los doce años, como lo hace ahora mi hijo. Es un pueblo que tuvo, como yo, su historia. Que vive, como yo, también de recuerdos. El mar le canta y arrulla diariamente como una madre a un niño inválido, y de noche le cuenta, con voz de trueno, cuentos de bruja, trasgos y cosas de Tócame Roque que hacen más silencioso y duro el sueño[5].

Agustín Espinosa le escribe esto al escritor y periodista grancanario Germán Bautista Velarde el 15 de marzo de 1938. En dos fragmentos de *Crimen* y en algunos artículos dispersos aquí y allá ya había hecho concesiones a la nostalgia de su infancia. Pero las de esa época en que escribe a Bautista Velarde son sus horas más bajas: enfermo, separado de su cátedra, empobrecido, sin contacto con muchos de sus amigos, con los ejemplares de su principal obra escondidos, fingiendo haberse convertido al falangismo para salir airoso de su expediente de depuración[6].

Aun así, en otros pasajes de esa misma carta, puede distinguirse al Agustín alegre y amistoso, aficionado a la broma culta y con un especial talento para hallar belleza en lo cotidiano. Como si en la cocina de esa casa, envuelto en la brisa del mar portuense, escribiendo mientras su mujer cocina en un infiernillo de petróleo, volviese el hombre que fue, que había sido apenas dos años antes. Acaso su pueblo natal tenía para él un efecto balsámico. O bien es posible que hasta allí no llegara el mundo, con sus sinsabores, sus mezquindades y su violencia.

Hoy, en la época de los comparadores de viajes y las líneas aéreas *low cost*, quien más y quien menos sabe algo sobre el Puerto de la Cruz, una hermosa ciudad situada en la

desembocadura del valle de La Orotava, hacia el noroeste de Tenerife. Pese a ser el municipio más pequeño del archipiélago canario, las bondades de su clima y su condición de puerto convirtieron a esta localidad agrícola y pesquera en pionera de la industria turística desde finales del siglo XIX. Así que el pueblecito comenzaba a transformarse en la localidad elegida por el turismo elegante, principalmente británico, cuando en marzo de 1897 nació allí Agustín, hijo de Manuel Espinosa Suárez y Antonia María García Estrada. El segundo de una familia en la que llegaría a haber once hermanos[7].

Los padres de Agustín Espinosa procedían de la cercana localidad del Realejo Bajo y pertenecían a familias acomodadas y emparentadas entre sí. No tan turístico, no tan cosmopolita, pero no menos hermoso que Puerto de la Cruz, en el Realejo Bajo predominaba la actividad agropecuaria. Era —sigue siendo— un lugar sereno situado en las crestas occidentales del valle de La Orotava, que preludia a las Cañadas del Teide. El abuelo paterno, Agustín Espinosa y Estrada, era comerciante y propietario y, republicano convencido, había sido diputado provincial en dos ocasiones.

Así pues, las familias Espinosa y Estrada formaban parte de la burguesía comercial de Los Realejos, muchos de cuyos miembros, dedicados a profesiones liberales, residían en Puerto de la Cruz por motivos de trabajo. Y allí pasó Agustín Espinosa sus primeros años, jugando con sus hermanos en las calles del pequeño municipio, seguramente en las más cercanas al Pico del Viento, donde el mar rompe contra los acantilados de piedra volcánica. O cerca de allí, bajando por la lonja, en los alrededores del puerto presidido por el edificio de La Aduana. Una infancia seguramente feliz.

Pero hacia 1909 la familia se trasladará de Puerto de La Cruz a Los Realejos. Irán a vivir a una de las propiedades del abuelo Agustín, donde, como sus primos y sus hermanos, Agustín Espinosa García recibe clases de su tío materno, quien será su preceptor para el prebachiller. La familia había previsto para él un destino que le garantizaría estabilidad: la idea era que opositara para ayudante de obras públicas. Sin embargo, un brote ulceroso —el primero de una dolencia que lo acompañaría hasta la muerte— se cruzó en su camino y perdió un curso en la convalecencia. A esto se sumó, al parecer, un bache en la economía familiar, todo lo cual vino a impedir que realizara las mencionadas oposiciones y retrasó un año sus estudios.

Me interesa esto, que parece meramente anecdótico y podría no serlo. Las vidas de los escritores que hoy amamos están llenas de momentos así: planes familiares o personales frustrados por circunstancias económicas, enfermedades, orfandades tempranas o cualquier otra contingencia de esas que parecen sumir a sus protagonistas en graves crisis sin las cuales no se hubiesen convertido, acaso, en quienes llegaron a ser. No sé qué habría ocurrido con Espinosa de no haber perdido ese curso, de haber podido hacer esas oposiciones. Quizá habría resultado un estupendo ayudante de obras públicas, y puede que su parentela se haya llevado un disgusto al no poder ofrecer ese futuro, económicamente seguro, a su Agustín. Pero es posible que el trazado de vías urbanas no se haya visto demasiado afectado por la ausencia de Espinosa en ese sector y, en cambio, para sus lectores, sospecho, esa pequeña crisis personal y familiar supuso una suerte. Porque no desaprovechó el tiempo que estuvo convaleciente y se dedicó a la lectura de Rubén Darío y de la *Historia de la literatura* de Hurtado. Y, a su vez, debió de ser eso lo que lo convirtió en el lector infatigable, curioso, adorablemente caótico en la diversidad de sus gustos, que ya era cuando en 1911 comenzó a estudiar bachillerato en el Instituto de Canarias, en La Laguna.

El Instituto de Canarias hoy se llama IES Canarias Cabrera Pinto. Hasta 1846, cuando el Plan Pidal lo convirtió en centro de segunda enseñanza dependiente de la Universidad de Sevilla, había sido la Universidad de San Fernando. En 1911 habían pasado ya por sus aulas Benito Pérez Galdós, el físico Blas Cabrera Felipe y el médico y político Juan Negrín, y aún habría de hacerlo el artista Óscar Domínguez, que en ese momento tenía seis años.

Mientras estudia interno allí, el Espinosa adolescente es —o al menos así se describe él mismo— un muchacho ojeroso y soñador que hurta tiempo a las geografías, las aritméticas y las gramáticas para leer novelas de aventuras o de viajes[8]. Pero no ha dejado de frecuentar a Rubén Darío y ha descubierto las *Elegías intermedias* de Juan Ramón Jiménez, lo cual contaría al propio autor de los *Sonetos espirituales* en una carta de la primavera de 1936.

Crucial en su educación como lector resultará el encuentro con su profesor de francés, el escritor Baltasar Champsaur Sicilia, krausista, filántropo y divulgador del socialismo y la teosofía. A su muerte, en 1934, Espinosa le dedicará un hermoso artículo en el que lo llama «alternador de cátedra y libro. Biclinio de educador y escritor». Esta especie de profesor John Keating, que aprovechaba sus clases de francés para orientar los intereses de sus alumnos hacia la literatura y la filosofía, representó para Espinosa un modelo a seguir en su vocación docente. Años más tarde, será él mismo otro «biclinio de educador y escritor», introduciendo innovaciones en los métodos de enseñanza y promoviendo actividades extraescolares que animen transversalmente a su alumnado.

Pero eso será después. Por esos años, Agustín es todavía ese adolescente de mirada vivaz, con una frente despejada que pronto se convertirá en calva característica, una especie de Juanjo Menéndez guapete con libros en los bolsillos. Los dos últimos cursos ya no residirá en La Laguna: vuelve a Los Realejos y se examina por libre. Aunque le gusta pasárselo bien y no es el típico empollón gafotas, continúa siendo un estudiante de excelencia. En 1916 finaliza el bachillerato con matrícula de honor en latín y francés e inicia los estudios correspondientes al primer curso de Filosofía y Letras y Preparatorio de Derecho en la Sección Universitaria de La Laguna.

Al mismo tiempo, ya ha empezado a escribir poemas. José, uno de sus hermanos, ha puesto música a alguno de sus intentos líricos. En 1917 aparece un poema suyo, «Noche de polichinelas», en la revista *Castalia*, dirigida por Luis Rodríguez Figueroa[9].

Espinosa no es aún el escritor asombroso, el poeta provocador, el fantástico tirador de dados del lenguaje. Pero para aquel muchacho de diecinueve años esa publicación en *Castalia* —en la que solían publicar los modernistas importantes del momento— debió de suponer una inyección de autoestima que lo puso en la pista de ese hecho del que el escritor bisoño siempre duda: la existencia del talento. Y creo que para él tuvo que significar algo importante justo en esos meses en los que su mundo pequeño estaba a punto de hacerse grande.

EL MUNDO SE AGRANDA

Agustín Espinosa llega ese mismo año a Granada para continuar los estudios de Filosofía y Letras que ya ha iniciado en La Laguna. Quienes saben de él por esa época describen a un buen estudiante, aunque fiestero y callejeador, recitador de poemas y atractivo a las muchachas. Al

parecer, es entonces cuando Agustín se encuentra por primera vez con Federico García Lorca, aunque creo que en ese periodo el encuentro con Federico no fue tan decisivo para su obra posterior —ni para entender *Crimen*— como el hecho de que también allí, en esos años, conoce a la joven que inspiraría la María Ana de *Crimen*. Nadie sabe concretamente quién fue ni qué relación exacta hubo entre Espinosa y ella. En la evocación que él hace en sus textos, habla de una bella joven andaluza de sus «ajenos años de estudiante de Filosofía y Letras». Sus biógrafos habituales se refieren a ella como «una muchacha de vida alegre». No es imposible, sin embargo, que María Ana fuera simplemente una mujer con la que Espinosa tuvo una aventura y que, finalmente, acabó rechazándolo. Todo esto se asume en el campo de la especulación: no hay documentos, no hay cartas, no hay testigos directos. El único que quedaba, Agustín Miranda, falleció sin desvelar esas incógnitas[10].

Es verdad que parece haber en sus textos cierto despecho inicial al evocarla, pero, con los años, ese sentimiento va dando paso a una suerte de extraña simpatía, en la que el escritor adulto rememora con indulgencia sus torpezas juveniles y convierte en ternura —una ternura algo extravagante, todo hay que decirlo— el desengaño del adolescente. En las ficciones de Espinosa, especialmente entre 1929 —cuando escribe por primera vez sobre ella— y 1934, María Ana aparece, a veces con otros nombres, como una mezcla de musa fatal, lamia alegre e inconsciente instructora en las artes amatorias. Simboliza la entrada al laberinto de las pasiones, la sexualidad libre, sincera y a veces salvaje, ajena a las convenciones o al decoro. Con frecuencia, sus caprichos labran la desgracia de los personajes masculinos, pero su oscuro erotismo primordial también presenta un fuerte componente vitalista. Al fin, en los textos de Espinosa, María Ana — que al principio es Miss X— va evolucionando como musa y como recurso narrativo hasta convertirse en la adolescente andaluza casada con un anciano, ese animal bello y fatal asesinado al inicio de *Crimen*[11].

Además de la huella de este posible amor truncado, «al que sabrá dar la consistencia de un mito», como señala acertadamente Pérez Corrales[12], el periodo granadino de Agustín Espinosa, que no duró más de dos o tres años, le dejó una indudable impronta. La mayor parte de *Crimen*, aunque no aparezcan topónimos en el texto, transcurre allí. Igualmente, hay en sus artículos frecuentes referencias cariñosas a Andalucía, tierra que volverá a visitar en repetidas ocasiones.

Pero mientras continúa estudiando en Granada no deja de visitar Tenerife por vacaciones y fiestas. Hay algún retrato familiar de esa época en el que Espinosa aparece situado en un extremo, vestido con corrección desatenta —la chaqueta desbotonada, la corbata torcida, las manos en los bolsillos de unos pantalones algo arrugados—, mirando hacia la cámara con cierta burlona insolencia de *enfant terrible* que, no obstante, parece sentirse a gusto con los suyos. También existen fotos de excursiones o fiestas. En ellas aparece acompañando a Antonia María Espinosa, su prima, de quien se había hecho novio. No he podido averiguar cuánto duró ese noviazgo, ni por qué se rompió. Pero da la impresión de que marcó, hacia 1923, una época en que el veinteañero sentó un poco la cabeza.

LA CAPITAL DEL REINO

En 1923, el general Juan Picasso estaba a punto de dar a conocer a las Cortes su informe sobre el

Desastre de Annual y, por lo tanto, Primo de Rivera preparaba ya su pronunciamiento militar del 13 de septiembre, que daría paso a su dictadura militar de real orden, como la ha denominado algún historiador. Más o menos por aquellos días, «el estudiante de Griego y Filología Románica» llega a Madrid para finalizar su carrera en el Centro de Estudios Históricos[13].

En esta institución, con la que colaboran Pedro Salinas y Dámaso Alonso, Agustín Espinosa entabla relación con Ernesto Giménez Caballero, un individuo que con posterioridad se convertiría en un elemento oscilante entre lo grotesco y lo siniestro. El lector de hoy ya no está familiarizado con Giménez Caballero, que es importante en la biografía de Espinosa porque interviene en su «puesta de largo» a nivel nacional y tiene que ver, además, con supuestas afiliaciones políticas, cruciales en el momento de su depuración. Así que, opino, es necesario dedicarle un párrafo, para que el lector pueda calibrar al personaje con sus luces y sus sombras.

Giménez Caballero (Madrid, 1899-1988) había estudiado Letras en la Universidad de Madrid y, recomendado por Américo Castro, había sido en 1920 lector de español en la Universidad de Estrasburgo. En 1923 —cuando él y Espinosa se encontraron por primera vez—, debutó con un libro autopublicado, *Notas marruecas de un soldado*, que no solo se vendió bien sino que además —y quizá sorprendentemente— le hizo ganar prestigio crítico. Entró en esos días a formar parte del círculo de Ortega y escribió en *El Sol* y en la *Revista de Occidente*. Como activista cultural resulta interesante: crea, en 1927, la revista de letras, arte y ciencia *La Gaceta Literaria*, que hasta 1932 reunió a tres generaciones de autores; también hace incursiones en el mundo de la cinematografía e inaugura el primer cine-club de España. En general, contribuye con múltiples actividades a la introducción de las vanguardias en el país, en especial el futurismo marinettiano. Esto último está estrechamente vinculado a la paradójica cara B del disco de su vida, porque Giménez Caballero también es considerado uno de los introductores del fascismo en territorio nacional. Miembro de las JONS y colaborador con Ramiro Ledesma Ramos en *La Conquista del Estado* —revista primero y manuscrito redactado a cuatro manos después—, presumía en sus entrevistas de senectud de haber sido él quien ideó el yugo y las flechas como emblema de Falange. Después del golpe de Estado de 1936, se entrevistó en Italia con Benito Mussolini y, de vuelta a España, se le encargó organizar los servicios de propaganda nacionalista bajo el mando de Millán Astray. Llegó a redactar el borrador de alguno de los discursos de Franco y, en la FET y de las JONS, formó parte del Secretariado Político y el Consejo Nacional. Excéntrico, más brillante como orador que como escritor, despliega un discurso ciertamente falaz —prestigiado, no obstante, por sus fuentes clásicas— marcado por un eclecticismo algo confuso que, como él mismo afirmaba, aunaba el anarcosindicalismo, el liberalismo, el ideal de la Roma Imperial y el catolicismo como característica «natural» de lo español. Tal ensalada conceptual debió de resultar incómoda hasta para sus correligionarios, quienes parecieron encantados de quitárselo de en medio cuando su carrera se orientó, a partir de los años cuarenta, hacia la diplomacia, llevándolo a vivir en Brasil y Paraguay hasta 1970. Al volver, retomó su carrera literaria y reeditó algunas de sus viejas obras, como *Yo, inspector de alcantarillas*, libro de prosas de 1928 que él quería surrealistas y que, probablemente, influyó en Agustín Espinosa. Su última gran campanada fue la publicación en 1979 de *Memorias de un dictador*.

Hasta aquí el párrafo sobre Giménez Caballero. Todo esto es importante, como decía antes, a la hora de preguntarse por la filiación política de Espinosa. En un artículo de 1929 que consiste en una reivindicación de Giménez Caballero frente a supuestos atacantes, el tinerfeño dice de él: «Ideológicamente, hemos coincidido —entonces, antes y después— muchas veces». No sé hasta

qué punto llegó esta coincidencia con Giménez Caballero. Solo un mes más tarde publica en el mismo periódico una encendida defensa de Rafael Alberti, amigo común de ambos y situado en las antípodas ideológicas del futuro factótum de Falange.

Sin embargo, ambos artículos —el dedicado a Alberti y el dedicado a Giménez Caballero— son escritos cuando la deshumanización del arte característica del veintisiete comienza a diluirse en la toma de posiciones políticas prerrepublicana.

En los años veinte no parece interesar tanto a Espinosa la política como llenarse los ojos de las calles de Madrid y trabajar en sus estudios sobre Clavijo y Fajardo[14], sobre quien lee en mayo de 1924 su tesis de licenciatura. Recién licenciado, vuelve a Tenerife como ayudante de la cátedra de Lengua y Literatura de la Universidad de La Laguna. A eso se dedicará durante el año siguiente. En 1926, sin embargo, viaja a Bucarest pensionado por la Junta de Relaciones Culturales, pasa algún tiempo en Inglaterra y, muy probablemente, también una época en París. Entre octubre de ese año y del siguiente, vuelve a la Universidad de La Laguna para pasar a cofundar, en el curso siguiente, el Colegio de Segunda Enseñanza del Puerto de la Cruz, donde no permanece demasiado tiempo, porque en julio de 1928 obtiene cátedra de instituto[15] y a partir de octubre pasa a enseñar Historia de la Literatura Española y Literatura Española Comparada con la Extranjera.

Entretanto, ha comenzado ya a publicar textos potentes en la revista *La Rosa de los Vientos*[16]. Pese a su estética algo rudimentaria y la dispar calidad de los textos de esta publicación, su integración en el equipo editorial será importante para la toma de contacto de Espinosa con las vanguardias, como se verá de inmediato.

Tras tomar posesión de su cátedra de Las Palmas es nombrado, durante el curso 1928-1929, comisario regio del Instituto de Segunda Enseñanza de Arrecife de Lanzarote[17]. Esto último podría parecer un dato más en su currículum, una de esas líneas en una cronología que el lector podría juzgar digna de saltarse sin consecuencias. Pero no lo es, porque de esa estancia surgirá su primera obra mayor, y uno de sus textos más bellos.

Lancelot 28° 7° (Guía integral de una isla atlántica), el libro que comienza a escribir nada más llegar a Lanzarote, aparecerá editado en Madrid, en otoño de 1929, por Ediciones ALFA. Oscila entre la lírica y el ensayo, la parodia y el libro de viajes. Bebe de las fuentes del creacionismo, pero su resultado se ha descrito frecuentemente como cubista. Y es que el Espinosa treintaero ha viajado ya por la Península y Europa, ha leído todo lo que hay que leer hasta ese momento y ha comenzado ya a publicar sus «prosas exactas» en la prensa y en *La Rosa de los Vientos*. En oposición a la estética decimonónica, ha buscado referentes en la ilustración, en el romance tradicional y en la literatura medieval, pero también está al día en los últimos movimientos poéticos y artísticos. Por eso la isla de Lanzarote que Espinosa ve no es la que han visto los viejos autores del regionalismo y el modernismo, sino una isla que recrea mediante el procedimiento de inventar para ella «una mitología conductora». Lanzarote, ese «pedazo — insularizado— de África», esa «avanzada marroquí», es el retiro del caballero Lancelot, su «fin geográfico e histórico». El héroe, por supuesto, no ha venido solo: «Diez barcos de Bretaña trajeron la decoración bretona», dragones cósmicos que hoy son las Montañas del Fuego y los planos para los laberintos subterráneos que trazaron las cuevas de los Verdes y del Agua.

Con humor, convocando imágenes inéditas, la mirada de Espinosa recorre la isla convirtiendo a los camellos que tiran de los arados en generales retirados que arrastran cansinamente sus sables de madera; a las palmeras con viento en molinos; al propio viento en un cazador de retórica

y a Puerto de Naos en una pensión de veleros, una oficina de África, un sabañón endémico del Atlántico.

Un análisis de *Lancelot 28º 7º* excedería con mucho las intenciones de esta introducción, pero es interesante saber que la recepción crítica de ese primer libro fue notablemente positiva y situó a Espinosa en un panorama literario donde ya había comenzado a hacerse un hueco.

EL AÑO VIAJERO

En 1930 Espinosa paró poco por su casa: París, Madrid, de nuevo París, Barcelona, San Sebastián y otra vez la capital del reino de camino a Bucarest, mientras *Lancelot 28º 7º* era reseñado positivamente en publicaciones periódicas como *El Sol*, *El País* o *La Voz Obrera*. Este es el año en que entra en contacto con el surrealismo y comienza a coquetear con él. De hecho, probablemente ya ha empezado a fraguar *Crimen*, pues en julio publica en *La Gaceta Literaria* algunos textos que luego formarán parte del libro.

Desde el año anterior se ha convertido en colaborador estable de la revista de Giménez Caballero. Aparece en el *Noticiero del Cineclub*[18] en una azotea junto al resto del equipo de la revista, esto es, junto a Eduardo Marquina, César M. Arconada o Pedro Sainz. Espinosa posa entre Rafael Alberti y José María Alfaro. Pienso a menudo en esa filmación. En pocos años, ese grupo será desgarrado por la polarización de la vida política, y sus miembros habrán de elegir por cuál de las dos Españas prefiere dejarse helar el corazón. Pero en ese momento se ríen, bromean, fingen tener una crisis creativa que los lleva a caminar de un lado a otro por un tejado. Comparten juego y escenario, ajenos a todo aquello que pronto habrá de separarlos.

Espinosa goza de cierto prestigio y es ya una presencia habitual en los medios tanto insulares como nacionales. Es un hábil polemista y sus columnas son publicadas de forma destacada en los periódicos[19]. Y en la primavera de 1931, en la revista *Extremos a que ha llegado la poesía española* aparece «Oda a María Ana, primer premio de axilas sin depilar de 1930», un texto tan valioso por sí mismo que me ha parecido buena idea incluirlo tras esta introducción, como idóneo preámbulo a *Crimen*. No solo comparte con este libro el nombre de su víctima y musa, sino su espíritu lúdico, su orientación surrealista, su carácter epatante. Esto último, por cierto, lo conseguirá con creces: Espinosa se ganará críticas frías o francamente negativas por hablar de los «3.114 vellos resabidos» de esa María Ana que «no había comprado nunca hojas Gillette». A partir de ahora, su faceta literaria irá unida a la provocación, aunque, bien es cierto, sus frecuentes enfrentamientos con autores más conservadores se atribuyen todavía simplemente a la excentricidad. Aún existe cierto margen de tolerancia.

Al mismo tiempo, han acabado los viajes largos. Aunque hace frecuentes escapadas a Madrid y a Tenerife, reside en Las Palmas de Gran Canaria. Allí se casa con Josefina Boissier en 1932. Por lo que sé, fue un matrimonio feliz, pese a las dificultades a las que pronto habrían de enfrentarse. Josefina y Agustín tendrían tres hijos, el más joven de ellos nacido poco después de la muerte de Agustín.

Estos, en los que ejerce la docencia en el Instituto de Las Palmas y ve cómo va creciendo su familia, son también años de intensa actividad. Para empezar, publica incesantemente, tanto

artículos de ocasión como series de textos que van apareciendo en diferentes medios, da conferencias, como *Media hora jugando a los dados*, dedicada a José Jorge Oramas, que sería luego editada como libro, y, sobre todo, participa en un importante proyecto: la revista internacional de cultura *Gaceta de Arte*.

GACETA DE ARTE Y CRIMEN

Inspirada en un primer momento por la Bauhaus tras los viajes por Europa de su director, Eduardo Westerdahl[20], *Gaceta de Arte* ocupa un lugar particular en la historia de las revistas de vanguardia de esa época[21], porque no seguirá las posturas hispanistas oficiales, sino que conectará directamente con Europa. De ahí que tienda a incluir colaboraciones de Paul Éluard, André Breton, Hans Arp, Franz Roh, Le Corbusier, Will Baumeister o Alberto Sartoris[22].

Con *Gaceta de Arte* están directamente relacionados dos hitos en la vida de Agustín Espinosa y, en mi opinión, de la vida cultural de ese momento: la publicación de *Crimen* y la exposición surrealista de Tenerife.

Crimen aparece por primera vez en la colección de libros de *Gaceta de Arte* a finales de 1934, al precio de cinco pesetas y con una ilustración de portada firmada por Óscar Domínguez. Casi de inmediato comienzan a aparecer críticas en los medios, que se sucederán durante varios meses. Anónimas o firmadas con nombre y apellidos, en medios nacionales o insulares, oscilan entre la indignación y el rendido elogio. Algunas —la de Ricardo Gullón en *Diario de Madrid*— hablan de Espinosa como de un escritor valiente y eficaz y lo relacionan con Ducasse y Baudelaire. Otras —la de Pepe Rey en *Hoy*, la de *Índice Literario*[23] o la de *El Sol*— se muestran condescendientes, reconociendo la calidad literaria de Espinosa, pero afeándole que se dedique a «*boutades* y fanfarronerías de niño que quiere parecer perverso», a intentar «despatarrar de susto al burgués». Los ataques más duros provendrán de la prensa católica insular, cosa lógica, pero incluso algunos de los defensores del libro parecen no haberlo entendido.

En cualquier caso, la publicación de *Crimen* despierta polvareda, hace ruido tanto en Canarias como en Madrid, inspira insultos y aplausos. Algunos son privados: Azorín y Gómez de la Serna escriben a Espinosa felicitándolo con efusividad.

También privadas son las denuncias de las asociaciones reaccionarias, esas damas católicas o esos padres de familia que se indignan por el hecho de que el mismo autor que ha escrito *Crimen* imparta Lengua y Literatura a sus hijos, dinamice sus lecturas y los anime asimismo a escribir.

No me cabe la menor duda de que hoy en día las personas de orden habrían organizado campañas de lapidación desde las redes sociales y habrían recogido firmas para que su libro fuese retirado o se le expulsara a él mismo de las aulas. En esa época las cosas se hacían más bien a media voz, en casas a las que eran invitados a merendar señores influyentes con uniforme o con sotana. En esos ámbitos, Espinosa ha sido marcado ya como un elemento inquietante a principios de 1935 y, poco después, cuando aún no se haya apagado el eco de la publicación de *Crimen*, volverá a estar estrechamente vinculado a otra polémica.

LA EXPOSICIÓN SURREALISTA DE TENERIFE

En la primavera de 1935, Agustín Espinosa vuelve a Tenerife y comienza a presidir el Ateneo de Santa Cruz. En ese espacio es donde el grupo de *Gaceta de Arte* organiza la Segunda Exposición Internacional del Surrealismo[24], que supuso, por tanto, la primera ocasión en que se mostraron en España obras de la Escuela de París.

El contacto con los franceses lo habían establecido los tinerfeños a través de Óscar Domínguez, que ya vivía en Francia y era amigo de Breton. En el Ateneo se exhibieron en esa ocasión setenta y seis obras de autores como el propio Domínguez, Giacometti, Dora Maar, Picasso, Miró, Hans Arp, De Chirico, Max Ernst, Magritte, Tanguy o Man Ray, custodiadas en persona por André Breton, Jacqueline Lamba y Benjamin Péret. Obras e invitados hicieron la travesía hasta Canarias en el San Carlos, un barco frutero, y uno se imagina aquellas obras, embaladas en cajas de madera, ocupando en una bodega el espacio que en el viaje de regreso a Francia albergaría cajas de plátanos.

Los franceses se quedaron en Canarias tres semanas, hicieron excursiones, dictaron conferencias, tramaron el *II Boletín Internacional del Surrealismo*[25]. De nuevo, pienso en algunas imágenes: la cubierta del catálogo de la exposición, diseñada, aunque no figure en los créditos, por Jacqueline Lamba; el anuncio, en una tarjeta roja, de la conferencia de Péret en el Cine Olympia, titulada «Análisis marxista de la religión»; las fotos que Westerdahl hizo de Breton, Péret y Lamba en el paisaje lunar del Valle de Ucanca, en Tacoronte, en la terraza del Hotel Atlantic —donde mermaron considerablemente las reservas de pastís a cuenta de sus anfitriones— o en la propia exposición del Ateneo, posando con miembros de *Gaceta de Arte*; una reproducción, que me fascina, de *El simulador*, la única obra de Dora Maar que se expuso allí.

El Ateneo y *Gaceta de Arte* habían previsto sufragar los gastos con la venta de alguna de las piezas, pero la exposición constituyó un fracaso comercial[26]. Así que solo les quedaba la posibilidad de tener buena taquilla en la exhibición de *La edad de oro*, prevista como actividad paralela a la exposición. Sin embargo, tras la campaña organizada por «los grupos activos de damas católicas» y el «diario católico de información» *Gaceta de Tenerife* —y la polémica subsiguiente, bastante agria—, el gobernador civil de la provincia prohibió su proyección pública o privada, así que el grupo de *Gaceta de Arte* acabó en números rojos. De hecho, Westerdahl, Pérez «Minik» y Espinosa hubieron de adquirir un crédito personal para hacer frente a las deudas que dejó el paso de los franceses por Tenerife.

En todo caso, en la polémica que tiene lugar en los periódicos de ambas capitales canarias, Espinosa es uno de los más visibles defensores de *La edad de oro*. En el año que falta para que estalle el golpe militar, sus enemigos se dedicarán a afilar los cuchillos que luego habrán de clavarle.

Fundamental será uno de estos enemigos, porque lleva sotana, porque es su compañero de trabajo, porque es un escritor mediocre que no ha gozado de los favores críticos de Espinosa. Se llama Manuel Socorro Pérez, ha nacido en un municipio de cumbre de Gran Canaria y es un destacado latinista. De hecho, los suyos serían manuales de referencia en la enseñanza del latín durante la posguerra. Pero en esos años previos a la guerra, enseña en el mismo Instituto de Las Palmas donde Espinosa tiene su cátedra y sus intentos literarios no han sido exitosos.

EL MUNDO SE AGOSTA

El 18 de julio de 1936 se dicta el Bando de Estado de Guerra, y, de un mandoble, los generales parten en dos la fiesta creativa de las vanguardias.

Lo que ocurre con los miembros de *Gaceta de Arte* a partir de ese verano de violencia contrasta brutalmente con lo que ha ocurrido apenas un año antes en torno a la exposición del Ateneo. En su mayoría son militantes socialistas, así que les irá mal en un territorio que ha caído desde el primer momento en poder de los golpistas. Domingo López Torres y Domingo Pérez «Minik» son encarcelados en el campo de concentración de Fyffes y Pedro García Cabrera, en las prisiones flotantes de la rada de Santa Cruz[27]. Emeterio Gutiérrez Albelo y Francisco Aguilar, en cambio, no han de temer nada, porque pertenecen a Falange. Y hay que decir, para ser justos, que intentaron, aunque no siempre consiguieron, utilizar sus influencias para favorecer a los compañeros caídos en desgracia.

El caso de Agustín Espinosa es otro. Como decía al principio, Espinosa no es detenido, no se exilia, no es falangista de primera hora. Y esto último podría haberlo sido, siendo como era amigo de Ernesto Giménez Caballero, pero no ha querido serlo. Siempre ha tenido sus ideas, aunque, en los años previos a la sublevación militar, ni Giménez Caballero ni Agustín Miranda ni amigos de otros signos políticos han logrado convencerlo de que milite en partido alguno[28].

El 18 de julio lo sorprende alojado con su familia en el Hotel Agüere de La Laguna, donde suelen veranear en los últimos años. En un principio, confía en que no vayan contra él. Al fin y al cabo, se ha declarado alguna vez católico y monárquico en artículos y entrevistas. Puede que si agacha la cabeza, si se tira al suelo y se hace el muerto, como suele decirse, conserve el pellejo y hasta el trabajo. Por otro lado, no estará de más congraciarse con quien más daño puede hacerle. Por eso, el primer día de agosto, acude a Gran Canaria para declarar su unión al Movimiento, al mismo tiempo que publica en *Diario de Las Palmas* un artículo en el que elogia un libro de Manuel Socorro, el sacerdote y profesor que parece guardarle rencores políticos, profesionales y hasta literarios[29].

Sin embargo, todo esto le servirá de bien poco, porque ya han decidido hacerlo caer. Pedro Guerra cantaba que hay mil maneras de derrotar a un hombre. La elegida para Espinosa fue la primera que menciona la letra de esa canción: ponerlo de rodillas en su trabajo.

A mediados de septiembre es cesado de su cátedra y en marzo se le abre expediente de depuración. Entre una y otra fecha, intenta prepararse para lo que va a venir.

En Tenerife, amigos falangistas le recomiendan que escriba en la prensa del Movimiento. Lo hará, durante ese otoño, en *Arriba España* y, a partir de diciembre, regresado a Gran Canaria, también en *Falange*. Los de esos días son textos en los que —según José Miguel Pérez Corrales, que los ha estudiado minuciosamente— ya no está el escritor brillante, polémico y original, sino un autor «vampirizado», que produce una «obra monolítica y funérea». Aun así, Espinosa sigue publicándolos de manera frenética. Se ha afiliado, además, a Falange. Pero no convence a casi nadie. En primera página del periódico *Acción* aparece un artículo titulado «Ayer lo vi con la camisa azul». Lo firma GIAR, tras quien se esconde, con toda seguridad, Gabriel de Armas, joven militante ultracatólico. Con la retórica propia de la extrema derecha, el texto ataca a Espinosa por haber escrito *Crimen*, lo acusa de fingir una conversión en la que no cree mientras se dedica a ocultar los ejemplares en circulación del libro y advierte al escritor tinerfeño que de nada habrá de servirle. Finaliza diciendo:

Ahora es muy fácil —por precaución— querer desandar lo andado. Como lo es, asimismo, escribir una rectificación masónica, bajo el pánico que les debe imponer el futuro panorama o como resultado de la forzada injerencia [*sic*] de una planta euforbiácea[30] en moda.

Ha llegado la hora de la justicia, porque estamos en la hora de la VERDAD.

Relacionadas con esta época de su vida también hay leyendas. En una se describe un interrogatorio en la sede de Falange, en el transcurso del cual le habrían obligado a comerse las páginas de *Crimen*. Aunque no es imposible que lo interrogaran, dudo de la veracidad de esa historia: por un lado, resulta dramáticamente perfecta; por otro, he escuchado la misma anécdota referida a otros autores en otros puntos de España. Pero, aunque no lo obligaran a tragarse su libro de manera literal, sí lo hicieron de manera metafórica. GIAR dice una cosa cierta en su artículo: Espinosa se apresuró a esconder los ejemplares de *Crimen* que quedaban en circulación.

No obstante los recelos de la extrema derecha de las Islas, hay que decir que otros falangistas lo tratan mejor que Gabriel de Armas; con paternalismo algunos, con actitud comprensiva otros, pero todos con sincero deseo de protegerlo. Entre ellos destaca Germán Bautista Velarde, que, entre otras cosas, contestó al artículo de GIAR desde las páginas de *Falange* haciendo una encendida defensa de Espinosa. Es probable que estas amistades hayan influido a la hora de evitarle a Espinosa una detención. En resumen, viendo la suerte que corrieron otros compañeros de generación, a Agustín Espinosa le podría haber ido peor. Pero eso no quiere decir que le fuera precisamente bien.

El expediente de depuración se inicia en marzo de 1937 y se alargará hasta el 18 de abril de 1939. La Comisión C, la que ha de ver su caso, está compuesta, además de por el gobernador civil de la provincia, por José Azofra del Campo, Manuel Socorro, Guillermo Camacho y Sebastián de la Nuez Aguilar. Azofra y Socorro son sacerdotes y ambos han sido profesores del Instituto de Las Palmas. Socorro, el latinista, acaba de ser nombrado, además, director del centro y perseguirá en esos días a varios compañeros más, que verán truncadas sus carreras docentes. Guillermo Camacho, un sobrino nieto de Pérez Galdós que había quedado impedido en la guerra de África, ejerce de secretario. Pero me interesa el último vocal de la comisión, Sebastián de la Nuez Aguilar. Aunque no puedo demostrarlo, porque no he hallado rastro documental de ello, sospecho que su presencia en la comisión beneficia a Espinosa. Sus hijos, adolescentes, son alumnos y amigos suyos, lo visitan en su casa para hacer tertulia, se dejan recomendar o prestar libros por él, incluso durante el transcurso del proceso de depuración[31]. Así pues, es muy probable que De la Nuez sintiese simpatía por el profesor al que sus hijos eran tan adictos.

A esto hay que unir el hecho de que Bautista Velarde, Agustín Miranda[32] y otros falangistas se preocupan de que sean expedidos a favor de Espinosa certificados que atestiguan que este es «del cuerpo de orientación espiritual de flechas» o que nunca ha desarrollado actividades políticas para el llamado «Frente Popular» y que las únicas que se le conocen «son las desarrolladas dentro de esta organización de Falange».

Y por si fuera poco todo lo anterior, Espinosa abjura. Abjura de *Crimen*, declarando ante la comisión que su escritura se debió a «un caso pasajero de esnobismo y de preocupación freudiana».

A todos nos gusta pensar que, llegado el caso, estaríamos a la altura de nuestros héroes morales, históricos o de ficción. Que preferiríamos morir de pie a vivir arrodillados. Que

mantendríamos la dignidad hasta el último momento. Que guardaríamos silencio ante la tortura para no traicionar a nuestros compañeros o a nuestra fe. Que loaríamos la libertad antes de ser fusilados.

Pero para entender estos últimos meses de Espinosa, suelo intentar ponerme en su piel, en su cabeza, mirándome a mí mismo con honestidad. Hasta el 18 de julio, Agustín Espinosa era un valor literario en alza y un respetado catedrático, director de instituto, presidente de una prestigiosa institución cultural, con una vida bastante muelle que le permitía veranear o viajar a Madrid con su mujer para asistir a representaciones teatrales. Ahora, en estos primeros meses de la guerra, escribe a la carrera artículos para adular a los fascistas, se humilla pidiendo favores, no cobra ningún sueldo y vive de prestado en casa de su suegra. Además, Josefina y él han tenido a su segundo hijo y su salud, nunca demasiado buena, se resquebraja, porque los males estomacales que siempre ha sufrido acusan el estrés al que está sometido[33]. Y sabe, porque muchos de sus amigos están presos o han sufrido desapariciones forzadas, que una depuración no es lo peor que puede sucederle. Sinceramente, si yo hubiera estado en su situación quizá también habría agachado la cabeza, también habría firmado encendidos elogios de mis enemigos, también habría hecho desaparecer mi libro, también habría abjurado.

Al fin, las amistades de Agustín, la probable simpatía de Sebastián de la Nuez y la abjuración sirven para que en agosto de 1937 se redacte una propuesta de sobreseimiento del expediente, que finaliza pidiendo, eso sí, el traslado de Espinosa a otra isla. Parece que le ha ido bien, pero no.

De entrada, porque Guillermo Camacho añade una nota al expediente matizando su voto y recomendando que se le separe de su cátedra. Por otro lado, porque la resolución del expediente no llegará hasta mayo de 1938, cuando será repuesto «con carácter provisional y a reserva de la resolución definitiva». Y, además, cuando esto ocurra, el cura Socorro escribirá al jefe de Enseñanza Superior y Media pidiéndole que traslade a Espinosa a La Palma o a Lanzarote, para no defraudar a «la opinión sensata y de sano criterio» de la capital grancanaria.

Así pues, el 15 de septiembre de 1938 es destinado a La Palma. Allí llega con su familia. Josefina espera su tercer hijo. Y, enseguida, la periduodenitis que ya le habían diagnosticado a Espinosa en mayo se agrava y necesita ser operado de urgencia. Irá a Los Realejos para recuperarse. Pero no llegará a hacerlo: morirá allí, donde pasó su adolescencia, el 28 de enero de 1939.

Pero aún tras su muerte, no ha acabado su expediente de depuración. La resolución final llegará el 18 de abril. En ella se propone «confirmación y traslado e inhabilitación para cargos directivos y de confianza». En el documento que lo certifica, hay una nota a mano bajo la firma: «Por la Jefatura se propone solamente la Confirmación por haber fallecido el expedientado». Como en una novela de Kafka, la infamia que han vertido sobre él ha logrado sobrevivirlo.

LOS AMANTES DE ESPINOSA

En las últimas décadas ha crecido el interés académico por la obra de Espinosa. Ha habido conferencias, jornadas, exposiciones, mesas redondas sobre él. Sin embargo, se da la paradójica circunstancia de que es más fácil encontrar libros que tratan sobre él que sus propios textos. Ese

es el principal motivo de esta nueva edición: proporcionar al lector que aún no lo ha hecho la posibilidad de entrar en cualquier librería y adquirir *Crimen*. Para amarlo u odiarlo. Para regalarlo a la persona amada o al peor enemigo. Para descubrir a este escritor secreto y a este libro maldito que ha circulado durante ochenta años en voz baja, de mano en mano entre los miembros de una secta de lectores fascinados.

Pese a que durante la posguerra hubo muchos escritores y estudiosos que no perdían oportunidad de reivindicar a Espinosa y hasta de reeditar sus textos, los rescates soslayaban hábilmente *Crimen*. No podía ser de otro modo, supongo, dada la naturaleza de su contenido.

Así que este libro maldito y escandalizante durmió un sueño de cuarenta años hasta que Manuel Padorno y Josefina Betancor se atrevieron a editarlo, como ya dije, junto a *Lancelot 28^o* y *Media hora jugando a los dados* y con prólogo de Alfonso Armas Ayala en su Taller Ediciones JB. Luego, han sido numerosas las ediciones de *Crimen* —doy cuenta de muchas de ellas en la bibliografía—, aunque siempre minoritarias y de escasa difusión. Algunas son destacables y meritorias. Por ejemplo, la facsímil editada por Domibari en Gran Canaria en 2009, al cuidado de Guillermo Perdomo o la de Ediciones La Página-Idea, al cuidado de José Miguel Pérez Corrales.

Entre los amantes de Espinosa, Pérez Corrales merece especial atención. En 1980, con el citado Alfonso Armas Ayala, editó los textos de Espinosa aún no recogidos en volumen. Y en 1986 publicó *Agustín Espinosa, entre el mito y el sueño*, dos tomos escritos a partir de su tesis doctoral que resultan imprescindibles para el estudio de la vida y la obra del autor de *Crimen*. Pero el trabajo de Pérez Corrales aún no ha cesado. En los últimos años, ha preparado una edición definitiva de la obra completa de Agustín Espinosa, en cuatro volúmenes que, debo reconocer, me han resultado muy útiles en los últimos retoques a este prólogo[34].

ESTA EDICIÓN

Dada la imposibilidad de consultar el manuscrito o incluso la primera edición de *Crimen*, la presente ha sido preparada tomando como base la facsímil de 2009 de Domibari Ediciones, contrastándola con las demás ediciones a mi disposición —que cito a continuación en la bibliografía—, prestando especial atención a las mencionadas de Taller Ediciones JB (1974), de la Página-Idea (2007) y de Insoladas (2018), a fin de comprobar la exactitud del texto y eliminar posibles erratas y errores de transcripción.

En cuanto a las posibles enmiendas, me he limitado a actualizar la ortografía adaptándola a la más reciente norma de la RAE y a sustituir por la preceptiva letra cursiva voces extranjeras y títulos de obra mayor, que en el original aparecían marcados con comillas.

Caso aparte es el de la puntuación. Espinosa es muy especial en ese sentido y su uso particular de las comas es una característica predominante de su estilo. He respetado en general este uso, salvo cuando constituye una clara incorrección con respecto a las normas actuales.

Como decía páginas atrás, me ha parecido oportuno incluir como preámbulo a *Crimen* la «Oda a María Ana, primer premio de axilas sin depilar de 1930». Es la primera mención de María Ana en la obra de Espinosa y comparte el mismo espíritu de libertad creativa. Sin embargo, el poema

crea, en mi opinión, una atmósfera vital y festiva que contrasta con el pesimismo esencial de esta novela surrealista.

A propósito de tal denominación, he obviado en la introducción referirme a la polémica acerca del género al cual pertenece *Crimen*. Novela, colección de relatos o libro de poemas en prosa, los críticos no han logrado ponerse de acuerdo con respecto a su adscripción a un género concreto. Esta cuestión es importante solo a efectos historiográficos: si *Crimen* es solo una colección de prosas, no es el primer texto de estas características publicado en España, pues habría que tener en cuenta *La flor de California*, de José María Hinojosa, publicado en 1928. Si es una novela, en cambio, se trata de una obra fundacional. Dejo en manos de cada lector la decisión en este sentido. Personalmente, comparto la opinión de Eugenio Padorno, que al respecto, opinó que *Crimen* representa también el asesinato de una vieja y burguesa concepción de la literatura.

AGRADECIMIENTOS

Esta edición y el prólogo que la acompaña no habrían sido posibles sin la amable generosidad de los herederos de Agustín Espinosa, especialmente uno de sus hijos, Joaquín Espinosa Boissier, que ha estado siempre disponible para aclarar mis dudas o complementar mis informaciones con sus recuerdos de familia.

Igualmente me ha resultado imprescindible la colaboración del profesor Pérez Corrales, principal espinosista, quien no solo me ha hecho llegar sus trabajos más recientes, sino que ha compartido conmigo su erudición siempre que me ha resultado necesario. Lo mismo me ha ocurrido con Guillermo Perdomo, también editor de *Crimen* en su momento.

Asimismo, mantengo deudas de gratitud con muchos otros: Antonio Becerra, Magda García, Jorge Dávila, Carlos Álvarez, Eduardo García Rojas, Israel Campos, Carmen R. de la Nuez Aranega, Ángeles Alemán, Mercedes China Oliva, José Antonio González Marrero y Fernando Gómez Aguilera. Este último dirige en Lanzarote la Fundación César Manrique, gracias a cuya gentileza ha sido posible utilizar como ilustración de cubierta el *Retrato de Agustín Espinosa* que el artista realizó en 1979 y que tan bien capta, en mi opinión, la dicotomía entre hombre y autor a la que me he referido en este prólogo. Todas esas personas han contribuido, compartiendo conmigo sus conocimientos sobre la vida y obra de Agustín Espinosa, ayudándome a conseguir documentación o poniéndome en contacto con quien podía facilitármela.

BIBLIOGRAFÍA

DE AGUSTÍN ESPINOSA

Crimen, Lancelot 28º-7º, Media hora jugando a los dados, Madrid, Taller Ediciones JB, 1974.

Textos (1927-1936), edición de Alfonso Armas Ayala y Miguel Pérez Corrales, Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura, 1980.

Crimen, edición de Miguel Pérez Corrales, Santa Cruz de Tenerife, Editorial Interinsular Canaria, 1986.

Crimen y otros textos, selección y prólogo de Ángel Sánchez, Islas Canarias, Biblioteca Básica Canaria, 1990.

Crimen. Media hora jugando a los dados, prólogo de Eugenio Padorno, Zaragoza, Libros del Innombrable, 2000.

Crimen, edición facsímil de Guillermo Perdomo Hernández, Las Palmas de Gran Canaria, Domibari Ediciones, 2009.

Crimen y otros escritos vanguardistas, edición de José Miguel Pérez Corrales, Santa Cruz de Tenerife, Idea-La Página, 2007.

La quimera del sueño. Obra completa, edición de Domingo-Luis Hernández, Santa Cruz de Tenerife, La Página, 2018.

Oda a María Ana, primer premio de axilas sin depilar de 1930. Textos 1930-1931, edición de José Miguel Pérez Corrales, Tenerife, Insoladas, 2017.

Media hora jugando a los dados. Textos 1932-1933, edición de José Miguel Pérez Corrales, Tenerife, Insoladas, 2018.

Crimen. Textos 1934-1936, edición de José Miguel Pérez Corrales, Tenerife, Insoladas, 2018.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Carreño Corbella, Pilar, *Los surrealistas en Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, Gobierno de Canarias, 2015.

García Cabrera, Pedro, *Obras completas*, edición de Nilo Palenzuela, Madrid, Gobierno de

Canarias, 1987.

López Torres, Domingo, *Obras completas*, edición de C. B. Morris y Andrés Sánchez Robayna, Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura, 1993.

Millares, Selena, *El faro y la noche*, Villatuerta, Navarra, Ediciones Barataria, 2014.

Miranda Junco, Agustín, *Poemas y ensayos*, edición de Rafael Fernández Hernández, La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 1994.

Pérez «Minik», Domingo, *Facción española surrealista de Tenerife*, Madrid, Ediciones La Palma-Cajacanarias, 1995.

Pérez Corrales, José Miguel, *Agustín Espinosa, entre el mito y el sueño*, Las Palmas, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1986.

VV. AA., *Agustín Espinosa a los setenta años de su muerte, 1939-2009*, Islas Canarias, Instituto Canarias Cabrera Pinto, 2009.

VV. AA., *Canarias, las vanguardias históricas*, Andrés Sánchez Robayna, ed., Las Palmas de Gran Canaria, CAAM-Gobierno de Canarias, 1992.

VV. AA., *La cultura vanguardista en Canarias. Reflexiones sobre la obra de Agustín Espinosa* (Antonio Becerra Bolaños y Domingo Fernández Agis, coord.), Granada, Proyecto Sur, 2000.

VV. AA., *La Rosa de los Vientos*, edición de Sebastián de la Nuez, Valencia, Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, 1977.

ODA A MARÍA ANA,

PRIMER PREMIO DE AXILAS SIN DEPILAR DE 1930

Hablemos de María Ana y de sus axilas sin depilar.

Hablemos también del Destino.

Agustín Espinosa, alcantarillero de sueños adversos.

Agustín Espinosa, coleccionador de azucenas innumerables.

Enamorados de María Ana.

Jinetes de su sexo uno.

María Ana vacilante entre los dos Agustines.

¿Habría de acabar la empresa quebrando amistades, como en las canciones antiguas: «He aquí que es tuya la rosa, vencedor»?

Pero dejar 3.114 vellos resabidos, para inventar 489 + 489 vellos olvidados —para descubrirlos— era ya cosa de aventuras de ahora.

María Ana no había comprado nunca hojas Gillette.

María Ana tenía 489 vellos en el hoyo de cada una de sus axilas.

Y esto lo vieron coleccionador y alcantarillero.

Únicamente por sus vientos propios eran luego uno y otro gobernados.

*

Fue así.

Fue tras remontar el vientre sin una sola arruga de María Ana.

Antes que la gota de sudor que bebiera en su ombligo se secara del todo.

Y por huir de su pecho derecho.

Y tras saltar sobre su pecho izquierdo.

Cómo descubrí mi oasis del Oeste:

La axila derecha sin depilar de María Ana.

Cómo descubrí mi oasis del Este:

La axila izquierda sin depilar de María Ana.

Tengo aún en mi boca el cosquilleo de la radiosa axila que María Ana destapó, al levantar su brazo derecho, para celebrar el regocijo de poderseme dar en un bello erizo asustado.

Tengo aún en mis ojos el primer centelleo de la estrella negra que María Ana encendió, al levantar su brazo izquierdo, para celebrar el regocijo de poderseme dar en un bello erizo incendiado.

Con esencia de sudor de tus axilas, María Ana, se fabricará el perfume integral que arruinará a los actuales perfumistas del mundo y acabará con las futuras industrias perfumistas del submundo.

Con el hueco rosa y caoba de tus axilas sin depilar, María Ana, haré el nido blando donde mi lengua empolle sus horas más claras.

Cada vello, y aún cada fragmento de vello, de tus axilas, María Ana, sabe un vocablo nuevo que enseñar a mi sexo casi analfabeto frente a la sabiduría de 489 vellos de cinco años.

Cada centésima, y aun cada milésima de centímetro cuadrado de tus axilas tendrá un recuerdo de mis dientes de aprendiz de mordedor de axilas sin depilar.

Por tu ejemplo, solo, niña peluda, volverán a florecer rosas doradas o negras junto a los pechos blancos de las mujeres de mañana.

Por tu ejemplo, solo, venderá la casa Gillette, en 1931, diez millones de hojas de afeitar menos, y podremos dialogar sobre las axilas de las *girls* y las cocotas.

*

Tus axilas únicamente, María Ana.

No esperes nada de tus pechos, demasiado próximos, para eternizar a lo eternizante y verdadero.

No esperes nada de tus muslos, que el remate de la media negra hace más deseados.

No esperes nada de tus caderas de jaca de reyes.

No esperes nada de tu vientre, que aprendió su curva en una concha bastante rosada.

Ni de tu boca.

Ni de tu cuello.

Ni de tus piernas, siempre de luto voluntario.

Ni menos aún de tu sexo, que semeja una campana recién nacida.

Solo tus axilas, María Ana, te han traído el epinicio primogénito y te traerán los epinicios futuros.

*

Al borde de tus dos fuentes negras se asomarán todos los nuevos hombres de Europa.

Beberán, únicamente, los que deban beber: los iniciados en la caricia indeclinable; los verdaderos catadores de axilas sin depilar.

Para estos, manosearás picos de estrellas y lomos de nubes, María Ana. Despedirás amigos desde extremos de muelles o ventanillas de vagones, desde cubiertas de barcos o desde bordes del andén.

Saludarás a la manera deportiva, que has aprendido en los campos de fútbol.

Cogerás nidos altos y descolgarás cuadros, estirando tu cuerpo en su estiraje más estirado.
En otros casos, te bastará con acariciarte graciosamente las rodillas.

CRIMEN

*A ti, Ernesto,
esa nube rota que tiembla sobre tu traje negro,
esperando a mi alma*

Estaba casado con una mujer lo arbitrariamente hermosa para que, a pesar de su juventud insultante, fuera superior a su juventud su hermosura.

Ella se masturbaba cotidianamente sobre él, mientras besaba el retrato de un muchacho de suave bigote oscuro.

Se orinaba y se descomía sobre él. Y escupía —y hasta se vomitaba— sobre aquel débil hombre enamorado, satisfaciendo así una necesidad inencauzable y conquistando, de paso, la disciplina de una sexualidad de la que era la sola dueña y oficiante.

Ese hombre no era otro que yo mismo.

Los que no habéis tenido nunca una mujer de la belleza y juventud de la mía, estáis desautorizados para ningún juicio feliz sobre un caso ni tan insólito ni tan extraordinario como a primera vista parece.

Ella creía que toda su vida iba a ser ya un ininterrumpido gargajo, un termitente vómito, un cotidiano masturbarse, orinarse y descomerse sobre mí, inacabables.

Pero una noche la arrojé por el balcón de nuestra alcoba al paso de un tren, y me pasé hasta el alba llorando, entre el cortejo elemental de los vecinos, aquel suicidio inexplicable e inexplicado.

No fue posible que la autopsia dijera nada útil ante el informe montón de carne roja. El suicidio pareció lo más cómodo a todo el mundo. Yo, que era el único que hubiera podido denunciar al asesino, no lo hice. Tuve miedo al proceso, largo, impresionante. Pesadillas de varias noches con togas, rejas y cadalsos me atemorizaron más de lo que yo pensara. Hoy me parece todo como un cuento escuchado en la niñez, y, a veces, hasta dudo de que fuese yo mismo quien arrojó una noche por el balcón de su alcoba, bajo las ruedas de un expreso, a una muchacha de dieciséis años, frágil y blanca como una fina hoja de azucena.

Pero ni el recuerdo de ella ni el retrato del muchacho de suave bigote oscuro se han separado jamás de mí.

En mis farsas peores, les hago intervenir a los dos, disfrazándoles a mi gusto, y decepcionándoles premeditadamente con finales demasiado imprevistos.

En una hora de inconsciencia y olvido pasajeros, he hecho la elegía a María Ana, que doy en este libro. Una elegía a una María Ana que viviera ahora, en 1930, pero anterior, en mis recuerdos, al crimen, aunque no al vómito y al salivazo. Una María Ana de mis ajenos años de estudiante de Filosofía y Letras. La María Ana, en fin, del joven del suave bigote oscuro. O mejor aún: la elegía que a María Ana hubiera podido hacer tal odioso y feliz mancebo.

Para salvarla de mi crimen —de la presión del tren sobre ella y del pánico de la caída— he escrito el relato titulado «Revenant o el traje de novio».

Aquí muere María Ana en su cama blanca de prometida, arrojando el adiós con una sonrisa prestada. Si la he disfrazado de Miss Equis ha sido para desnudarla de algún modo de su andalucismo moreno, que me hubiera obligado a volverla a tender de nuevo bajo otros trenes de la madrugada.

Luego solo he tenido —y he realizado— el capricho explicable de reunir en mi casa, una noche, a mis buenos amigos en el anonimato. A mis desconocidos camaradas en el crimen impune: un cable eléctrico, un jazminero, una hoja Gillette, una cuna, un pene de 63 años, etc.

Frente a todos los crímenes anónimos de mis criminales huéspedes de una noche, ha permanecido mi crimen en su sitio propio de sensacional, único y gran asesinato pasional. De crimen tipo. De crimen de novela más que de crimen ocurrido.

Sobre él y sobre mis lectores caigan desde hoy mis futuras maldiciones y persecuciones, la miseria actual y las pústulas pretéritas de mi cuerpo senectoso de narrador emocionado del asesinato propio y de los crímenes ajenos.

Yo ya solo vivo para un estuche de terciopelo blanco, donde guardo dos ojos azules, encontrados por el guardagujas la menstrua alba de mi crimen, entre los últimos escombros sanguinolentos de la vía.

PRIMAVERA

LUNA DE MIEL

Me había dormido entre veinte senos, veinte bocas, veinte sexos, veinte muslos, veinte lenguas y veinte ojos de una misma mujer. Por eso fue mi despertar más angustioso y horripilante: crucificado sobre mi propia cama de matrimonio puesta en posición vertical tras un gran balcón de cristales abierto a una calle desolada. Amanecía tras aquel balcón que me servía de vitrina. Estaba completamente desnudo. Sentía frío y vergüenza de que me pudieran ver desde la calle. Unas finas manos de mujer florecían sobre mis pies como dos clavos blancos y, probablemente, eran ellas las que me sujetaban a la madera de la cama, aunque yo me consolara creyendo que intentaban desclavarme únicamente. La vergüenza de mi desnudez me angustiaba de nuevo. Inventé, para aquel momento, una oración llena de ternura en la que había mezclados confusos recuerdos de un libro sobre las obras de misericordia que se me hizo aprender de memoria de niño y versos de Paul Claudel y fragmentos de mi Segundo epistolario.

Tras mi tierna oración, un ejército de moscas de alas verdes, de caracoles de campo, de cucarachas, de sapos y de pequeños ratones blancos comenzaron a subirme por las piernas hasta cubrirme con sus inmundicias todo el cuerpo. He aquí el traje que se me tenía reservado. Bullía en torno a mi cabeza el hervidero hostil de las moscas. Un temblor espeluznante palpitaba sobre mi vientre y sobre mis brazos y sobre mi cara y sobre mis axilas y hasta sobre mis manos clavadas a la cama por dos anchos puñales que me producían una sangría abundante. Los ojos se me nublaban, y preveía que me iba a desmayar de un momento a otro. Mis mayores amarguras no provenían de esto sin embargo. Sino de una cabeza truncada de mujer morena, que desde un rincón del balcón me miraba con ojos suplicantes, como si dependieran solo de mí sus destinos. De aquella cabeza terriblemente pálida, colocada sobre un pequeño velador, e iluminada por la luz tenue del alba, fluía un fino hilo de sangre que había formado un gran charco en el piso del balcón. Habló, al fin, la cabeza, y la voz de María Ana amaneció de pronto sobre la noche apremiante de la alcoba.

—Ahora puedo decirte que te odio, mi pobre viejo burlado, mi gran cornudo macilento. No tocarás ya jamás mis senos, acariciados hoy por manos de ángeles. Anda mi sexo ahora por las casas de prostitución de los puertos del Mediterráneo, visitadas por jóvenes marineros audaces, y mis pies corren tras brazos desclavados y tras labios vírgenes. Para ti me queda esta cabeza truncada y estos ojos tímidos y esta perenne boca insultante. Y este gran charco de mi propia sangre, goteando sobre la acera de una calle del alba y sobre los trajecitos blancos de las primeras escolares. El reloj de tu crucifixión. Tu clepsidra sangrienta. Con la última gota de mi sangre se acabará también tu sueño...

Empezaron a sonar sobre mi cabeza unas campanadas que yo sabía distantes; un dolondeo acelerado y monótono. Venía un aroma de incienso desde la calle y un murmullo de rezos y un taconeo de procesión y un rumor de enaguas. Alguien gritó, desgarradoramente, a mi espalda, apagando con su grito todos los ruidos.

Ví cómo el velador cedía como bajo un gran peso, y la cabeza de María Ana rodaba al suelo, arrastrando en su caída cuatro blandones encendidos que yo no había visto hasta entonces. En el cielo, que empezaba a hacerse apenas rosado, flotaba una gran cruz oblonga a cuyo alrededor

volaban varios cuervos silenciosos como siniestro rebaño de ataúdes alados.

HAZAÑA DE SOMBRERO

Un sombrero fue el protagonista de este divino sueño incontado.

Desde un andamio demasiado alto de una casa en obras lo veía caído abajo, en medio de la calle, esperando a pie firme la hora próxima de una cita exacta. Estuvo a punto de perecer varias veces bajo varias ruedas de automóvil. La brisa de la tarde le libertó de una colilla de cigarro que hubiera terminado perforándole el ala. Un escupitajo cayó tan cerca de él que le salpicó, aunque solo de modo muy ligero. El fino zapato de ante de una muchacha rubia le rozó suavemente, y yo vi al sombrero que se estremecía hasta la copa, dolorido de un sexo formado como por asociación de úlceras recientes.

Anocheecía, cuando apareció en una esquina un hombre destocado. Atravesó con presura la calle, y, al pasar junto al sombrero, se agachó disimuladamente, lo recogió del suelo y se lo ladeó sobre la oreja izquierda. Luego se perdió más abajo, entre la muchedumbre constituida a aquella hora exclusivamente por oficinistas y obreros recién salidos del trabajo.

Salté hasta el balcón, la tomé del brazo, y salimos juntos, sin que ni una sola palabra se cruzara entre nosotros.

La llevaba de la mano como a niña de seis años, cuando tenía más de cuarenta. La aupaba a los tranvías sin grandes esfuerzos; la arrastraba más que acompañarla, porque, a pesar de su obesidad indiscreta, era tan baja que no pesaba —o a mí me lo parecía por lo menos— casi nada.

Caminamos así durante varias horas a través de la ciudad.

Al final de una calle, pequeña, pero tan ancha que, a aquella hora sobre todo, tomaba aires provinciales de plaza, estaba la sombrerería que buscaba.

Lo reconocí rápidamente, por su cara de suicida y por una imperceptible quemadura de cigarro junto al lazo. Ella se oponía a ponerse aquel sombrero de hombre, alegando que era un sombrero de hombre. Yo traté inútilmente de convencerla de lo arbitrario de una teoría que quería diferenciar sexos ya bien diferenciados. Abusando únicamente de mis fuerzas, logré ponerle el sombrero, que, como le estaba algo estrecho, le congestionaba cruelmente el rostro y le alargaba aún más las arrugas de la frente.

Debí de hacerle mucho daño, porque cuando salimos de la sombrerería lloraba.

Al amanecer del día siguiente era encontrado en una alameda de las afueras el cadáver de una niña de seis años. Llevaba puesto un sombrero de hombre, sujeto por un grueso alfiler, que, perforándole ambos parietales, le atravesaba la masa encefálica.

LA NOCHEBUENA DE FÍGARO

Sentía una ternura que me llevaba a acariciar todas las cosas: lomos de libros, filos de navajas, hocicos de gato, rizos de pubis, prismas de hielo, cucarachas mohosas, lenguas de perro y pieles de marta, gusaneras y bolas de cristal.

Mis manos estaban tocando algo frío y repugnante. Primero las orejas, luego la nariz, después las cejas del cadáver de un hombre como de cincuenta años, escorzado horizontalmente en un gran primer plano de gran *film*, que fuera a la vez un gran cuadro. Tenía aquel hombre un ojo medio cerrado, y el otro, vidrioso, desmesuradamente abierto, y una barba de enfermo de una semana. No llevaba puestos zapatos, sino unos calcetines negros, de muy mala clase, rotos por el talón y sobre los dedos. Tenía la cabeza recién afeitada, y cubría únicamente su ya macabra humanidad un abrigo de señora, impecable, sin una sola arruga, abrigo de maniquí de escaparate de sastrería, demasiado largo para el muerto, al que solo dejaba en libertad los pies. El abrigo llevaba cosido aún en un costado un papel donde se leía: «M.^a A., soltera, de 16 años, desconocida».

Todo esto entre dos hileras de cubiertos, sobre el mantel blanco de una mesa de comedor preparada para una gran cena de Nochebuena. Los mal vestidos pies, rozando la blancura de unos pasteles de coco y la ligera arquitectura de un castillo de hojaldre; una de las manos, de uñas curvas y oscuras, medio sumergida en una fuente de *chantilly*.

En una mesa próxima, había varias botellas de champaña y una flamante cabeza de cerdo, de colmillos muy largos, que se parecían demasiado a los del difunto.

La posición horizontal alargaba un poco la estatura del cadáver; pero, de todos modos, no debía medir menos de dos metros.

No sin grandes esfuerzos lo había podido traer hasta allí. Y colocarlo sobre la mesa, sin interrumpir demasiado la complicada retórica del banquete. Se trataba ya solo de separar la cabeza del tronco, y ninguno de los calados cuchillos de plata cortaba bien. Esto empezaba a angustiarme, con el miedo de tener que invertir más tiempo que el fijado.

Me invadía una ternura que me llevaba a acariciar todas las cosas: picaportes, barandas de escaleras, frutas podridas, relojes de oro, excrementos de enfermo, bombillas eléctricas, sostenes sudorosos, rabos de caballo, axilas peludas y camisitas sangrientas, pezones, copas de cristal, escarabajos y azucenas naturalmente húmedas.

Aunque solo acariciaba las orejas, los labios, las mejillas de un hombre a quien había asesinado unas horas antes en su misma habitación, para sustituir su cabeza por una cabeza más clásica: capricho último, de noche de Navidad, de una mujer de pelo rojo y caderas ampulosas. Por quien había llegado hasta el crimen. Y que esperaba, en tanto, voluptuosamente, mi retorno imperioso a su casa, portador de la cena mágica, en la cual habría de ser yo, a la vez, *maître*, matarife y comensal enamorado.

¿ERA YO UN CABALLO?

Primero —y no era primero acaso— dijiste:

—¡Ya estamos solos!

Estábamos solos, en medio de una plaza inclemente, tú, yo y el cochero de la esquina.

Una golondrina plegó sus alas, a la mitad precisa de un vuelo, y rodó muerta, dentro de una alcantarilla destapada, seguida muy de cerca por una colilla de cigarro.

Tus manos se doblaron bajo mis piernas descarnadas.

Si el cochero de la esquina te besó varias veces en el cuello y te manoseó los pechos con sus manazas diestras en gobernar riendas más largas, fue por eso solo. Porque te vio tímida, en medio de la plaza solitaria donde yo era todavía mi estatua; indefensa y con las miradas por los adoquines más anchos.

Cuando, después de una lucha angustiada con un mármol terriblemente rebelde, pude apearme al fin de la alta tarima a donde crueles heroicidades me llevaron, ya era tarde. Estabas tactando los órganos genitales de un caballo enfermo. Muy bella aún bajo tu bata de veterinaria recién salida de la Escuela.

Inútilmente paseé una y otra vez ante tus ojos mis abstrusos y complicados disfraces de cabra, de asno, de carnero, de mula, de perro, de vaca... Ni balares de cabra tuberculosa, ni lamentos de perro con úlcera de estómago, ni aun quejumbrosos relinchos de mula con dolor de costado. Veterinaria de cabecera de aquel pobre caballejo indefenso, ya no te habrías de separar más de él.

Una hora más tarde pasó el entierro del cochero de la esquina. Iba el ataúd sobre su mismo coche de punto, tirado por su mujer y su hijo pequeño. Seguían al macabro vehículo siete caballeros enlevitados, portadores de coronas de azucenas en la cabeza. El enlevitado impar precedía a los otros seis y llevaba una bandera española, cuyo grueso mástil terminaba en una zapatilla despilfarrada.

El médico me leyó un pliego que decía: «Yo, médico titular de este pueblo, certifico que el paciente falleció a consecuencia de una peritonitis producida, al parecer, por coces recibidas de su caballo Agustín».

El notario guardaba en su cartera estas palabras, para mí en extremo voluptuosas: «Ítem, dejo a la señorita veterinaria mi caballo Agustín, con el compromiso de curarle, en el plazo de dos meses, la reciente blenorragia que padece el dicho animal».

En el sitio donde estaba antes mi estatua había ahora un buró apolillado, cojo de una pata, y un cubo de basura adornado con lirios blancos.

ÁNGELUS

Únicamente desde una nube, desde una torre alta, desde un avión o desde una cornisa de rascacielos, se ven las cosas como yo las veía aquella tarde desde una vulgar ventana de alcoba.

Lo que veía no era realmente nada extraordinario, pero a mí me llenaba de un ardoroso júbilo: sobre una aguda roca solitaria, un gran pájaro blanco.

Acaso no era completamente blanco, sino solo gris, y la distancia y el tono oscuro de la roca desvirtuaban sobremanera el color. El recuerdo que me queda de este es, de todos modos, más vago, y no así el del desmesurado tamaño, que me es aún hoy mismo muy fiel. Era —debía o quería ser por lo menos— un buitre. Su cabeza, como la de un niño de dos años. Su estatura, de casi dos metros. Su pico, hócico. Su cola, como la de un pavo real.

Había allí, junto a mí, una mujer, a quien había besado yo mucho en otro tiempo, que se dejaba ahora besar por un joven moreno, que fumaba mis propios cigarrillos y usaba mis cerillas como si fuesen suyas.

Pero a mí me apasionaba, sobre todo, el gran pájaro blanco. Intentaba disparar sobre él mi pistola, cuando huyó de pronto, sigilosamente, en un vuelo luminoso y arbitrario, que, a medida que lo alejaba de mí, lo hacía mayor y más diáfano. Entonces vi que no era blanco sino de varios colores y que lo que yo había creído uno solo eran dos pájaros. Un sol de ocaso se filtraba a través de las cuatro alas abiertas como por las ojivas de una catedral y las policromaba hasta el infinito. En vano intentaba yo llenar mis ojos con todas estas vagas cosas, para ahuyentar de algún modo el idilio de la muchacha a quien había besado en otro tiempo y del joven moreno que se fumaba mis cigarrillos como si fuesen suyos y usaba como propias mis cerillas, mi balcón y mis mejores butacas.

Me consolaba, inocentemente, con la idea de que eran, en tanto, ambos extraños al maravilloso espectáculo que se desarrollaba a sus espaldas. Ignorantes de las cuatro alas luminosas, de la gran policromía celeste y del sol ocásico. Ignorantes, también, de mi pistola, que había dejado engatillada al vuelo del gran pájaro blanco.

VERANO

DIARIO ENTRE DOS CRUCES

1

Junto a cada árbol una aguda piedra para cada pie desgarrado. Navajas sobre carne viva, luz espejeada, fuente sórdida sobre desmedrados estanques. Van a mi espalda los peores adioses. Van ladridos de perros detrás de mi sombra, detrás del sudor caído en el polvo. Y todavía. Una cortina rota. Un sueño encadenado. Una tormenta ejemplar. Un toro enfermo. Un río de sangre.

El concierto está más allá. Aquí, el desconcierto. Lluve la luz en complicidad con ecos deseados. Como un mar, satisface mis dos eternas hambres. Es todo —cielo, aire, alcohol— temblor de la sensualidad escondida. Trapos. Ya está. ¿Dónde más trapos que por los costados de Dios? Sombras mojadas de los suburbios, ávidas de cuentos celestes y de plurales jardines. Manchas de aceite de unos ordenados olivos cuyo verde tiembla aún en mis ojos turbios de odios amontonados por no sé qué miradas adversas, qué manos crueles, qué palabras esquivas.

2

Flotan hollejos sobre el agua y se arremolinan junto a inesperados tientos. No hay mar tampoco aquí. Que el mar es trama de héroes, selva de perdidos y no jaramago de invernadero.

¿Quién empujó mi cuerpo y pronunció mi nombre? ¿Quién insultó, junto a mi oído, mi alma? Tiembla el cobre en mis manos. Tiembla lo opaco, lo despreciable. ¿Qué temo de esa esquina muda, de ese portal solitario, de ese hombre alto, que me ha mirado al pasar como a un tñioso perro?

3

se han apuñalado ante mis ojos, y he visto caer la sangre sobre sus camisas de domingo, y transformarse en flores rojas las piedras de una calle donde jugaban unos niños. Y he visto luego, esta noche, a la luz de un farol y entre blancas batas asépticas, los rostros de tres muertos recientes. De tres muertos de odio. De tres héroes de barrio proletario. Tenía el mayor diecisiete años y una ancha frente de soñador sin alas. Estaban sus destinos acaso en acabar el uno poeta, el otro pintor, actor de cinema, el otro. Y ahora están ya mudos y fríos para siempre, con una moza mueca de amargura en la boca y extraviados los ojos y las manos rígidas.

¿Qué sabe nadie, qué sabemos nosotros, del puñal que nos herirá, de las manos que nos estrangularán, de la bala que nos estallará en la cabeza? Para que se nos extravíen los ojos y se nos amargue, con una conocida mueca, la boca. Para ser espectáculo de unas horas, entre trajes oficiales y ojos curiosos. Para que un periodista anónimo haga su crónica más cruenta, mientras muere un bocadillo y sorbe un vaso de ginebra y chupa un cigarro que no sabe si es suyo o por qué caminos le ha llegado. Para que unas llorosas mujeres se lamenten, y coman luego con más apetito aquella noche.

4

Vamos soñando pesadillas por la vida. Sueños de otros mezclados con nuestros propios sueños. Cada hora trae su sorpresa. A esta mujer que ahora amamos tanto, que daríamos por ella la vida, acaso la odiamos mañana. Traicionaremos a este amigo, a cuya aventura está sujeta la nuestra. A quien nos ayudó en nuestra empresa peor, le dejaremos naufragar en su buena desgracia. Y salvaremos a quien no nos ha de salvar o a quien nos ha de empujar hacia un lado para salvar a su enemigo más próximo.

¿Quién eres tú? ¿Dónde vas? Todos gritándomelo. Todos deseando que no les oiga. Todos expectantes de mi calvario de ciego, de las quebraduras de mi empresa, de la acechanza final en que todo se acabe.

5

¿Qué sueña el mar estos amaneceres de agosto para que sea su canto tan tierno, tan sutil su espuma, tan sonriente su azul, tan melodioso su oleaje? Siguen las alcantarillas desembocando en sus aguas. Neptuno le ha olvidado ya. Las antiguas sirenas habitan ahora estrellas distantes. Pero el mar sueña aún no sé qué deliciosos sueños, pues es tierno su canto y sutil su espuma y sonriente su azul y melodioso su oleaje.

6

—Muchacha, ¿dónde vas?

—Vuelan dos ángeles sobre la tumba de mi amante.

—¿Quieres sujetarles las alas, o es que ansías, con gritos y brazos, ahuyentarlos?

—Quiero saber si son de amistad sus vuelos, si son blandas sus manos. Si todo aletear es como yo lo he soñado. Porque temo las esposas para un viaje tan largo. Por si acaso solo mis manos puedan hacer lo que dos ángeles no hagan.

Quedó la calle sola. En una esquina próxima se quebró un cuerpo herido. Se oyeron, cada vez más distantes, unos lánguidos pasos. Lejos temblaba, sobre un horizonte cárdeno, un laberinto de cruces entre cales mojadas.

7

Treme la luz del mediodía sobre un paisaje de casas oscuras, de callejones crueles, de pobreza maloliente.

A esta misma hora cantaba otros días una voz de mujer en una ventana entreabierta.

Yo escuchaba su voz con apasionada ternura. Y el sol de las doce rizaba sus oros sobre el paisaje que ahora miro. Y eran claras las casas y rientes las calles y bienoliente la pobreza.

Si yo apagué esa voz y el paisaje de ella y la sonrisa de su hora ¿por qué vierto ahora lamentos sobre un mediodía que es obra de mis manos, sobre un paisaje que yo he construido y que mis ojos, como dos cielos de otoño, atormentadamente, ensombrecen?.

OTOÑO

LA MANO MUERTA

Yo busco una mano desesperanzadamente. Imitada sin fortuna en mármoles, ceras y bronces. Una mano lívida, fría, yerta. Que descorra las cortinas de mi alcoba, que guíe mis deslucidos pasos, que quiebre en el aire, entre sus dedos dulces, saetas enemigas, que se apoye en mis horas peores sobre mis desvelados hombros.

Una mano pálida, fina y trágica. Una mano recién mutilada. Aún anillados sus dedos y rojas aún y espejeantes sus uñas. Una mano de novia que se ha querido hace ya mucho tiempo. Una mano que ha olvidado ya la caricia del guante. La que me cierre un día los ojos que no podrá la muerte cerrarme; ni mis amigos más fieles, ni mis padres, ni mis hijos, ni mis hermanos. Sino solo tú, mano de muerta, errante; mano de mis sueños del alba, mano que espera, como una estrella de mi alma, mi cuerpo.

Yo conozco una mano, pero no es esa.

Yo conozco una tibia mano, una mano rosada y blanda. Para mis labios, para mis manos y para mi cuello. Para mis noches de amor, en torno a mi cabeza o sobre mi espalda.

Pero no es esa.

Yo busco otra mano. Ala de mis pies. Apaciguadora de mis ansias. La que se apoye sobre mi hombro sólo y deshaga mis postreros quebrantos.

La que cierre mis ojos y vista mi cuerpo muerto y preceda mi entierro.

Una mano mutilada y única. Pálida, fría.

Una mano olvidada ya de que fue mano de amante.

Una mano angustiosamente blanca.

RETORNO

Han habitado una calle y una plaza mis sueños de muchas horas y años. Han sido escenario de mis pesadillas fustigantes, refugio de mis tropezones injustos, cielo de mis valerosas regresiones. En mi episodiario cotidiano, esa plaza y esa calle no han faltado nunca. En ellas ha estado mi estatua de héroe y la sombrerería de un duelo. En ellas, la vitrina de un alba y la alcoba de un ocaso y el cuerpo sangrante de una mujer lejana. En ellas, un entierro grotesco, un muchacho carbonizado, una parada pavorosa. Junto a mis ojos de niño anormal; desde mi infancia desesperada y trágica. Ya solo aquí y ahora. Ni después ya ni en otro sitio. ¡Tal nebulosa entre alas de ayer y cárceles de siempre!

1

Se llamaba así: la calle del Muerto. Pero su categoría no llegaba ni aun a callejón. Eran veinte metros de mal empedrado camino entre dos muros, blancos casi por milagro.

El nombre investía de todos modos a la calle del Muerto de una macabridad que no le venía. A ratos, debía de horrorizarse de su nombre la calle del Muerto, y en esos momentos se lo hubiera cambiado por cualquier otro.

La calle del Muerto tenía en su fondo un paisaje de barcas de vela sobre un mar de calma, de gaviotas, soles de poniente y nubes rosadas.

En la calle del Muerto escondía yo a mi batallón de los ocho años, para apedrear mejor al batallón enemigo, mal resguardado tras los escasos riscos de una marisma.

La calle del Muerto protegió mis mejores conspiraciones de niño conspirador. De ella únicamente lo esperaba todo. Con sus puros afectos compuse mi primera letanía.

¡Letrina de mi niñez sin ayos ingleses y de las de mis gentiles amigos del barrio de la Hoya!

¡Parque de los novillos del sábado!

Sobre todos mis objetos de la infancia he salvado esta calle del Muerto, y la salvaré sobre todos mis objetos de hoy. Mi recuerdo va hacia ella como mis pies de los ocho años.

A ella debo, en primer lugar, una doble epididimitis crónica, que me hace sonrojar cruelmente al desnudarme junto a los lechos pandos de las amigas de una noche.

A ella debo también una cicatriz retorcida, como de escrófula cerebral, que mi calva prematura acabará abandonando en el centro de la frente.

2

En mis tardes de entonces había una plaza solitaria hasta donde llegaba el ruido del mar cercano. La plaza era grande y oscura, con bancos vulgares de piedra y árboles altos e incoloros.

Veía la plaza únicamente desde el fondo de un callejón empinado que moría en la misma plaza. No recuerdo haberla pisado nunca. Sé, sin embargo, que si pudiera sentarme hoy en cualquiera de

sus bancos los recordaría con la sensación exacta de su dureza, más que advertirla por primera vez. Creo saber también qué profundidad darían las huellas de mis botas sobre su piso de tierra. Pasearía por ella como su huésped, más que como su vecino.

El mar sonaba tan próximo a la plaza, que la convertía en playa; que la limitaba con el mar. Era —no tuvo nunca fue— una playa abandonada, vestida con abalorios de plaza de provincia. Tenía la desolada desnudez fatal de la playa. Árboles y bancos, mirándose miedosos, llenábanla de una angustia muda, que se comunicaba a todo cuanto rozaba con ella.

Hasta mi escondite de la calle inmediata llegaba su caricia fría de plaza trágica. Su sombra desgraciada. La sutileza repugnante de un ala de pájaro adverso, construida con olores de pescadería, flores viejas, aguas podridas y excrementos humanos.

¡NO! ¡NO!

Una madrugada de noviembre desvaída y hosca, un hombre, extenuado de muchas noches de vigilia, se paseaba agitadamente entre las paredes de una habitación celular, monologando en voz alta.

He aquí sus palabras:

—¡No! ¡No! ¡No es eso! ¡Ni lo ha sido nunca! La ventana sigue en el sitio de siempre. Pasaban ayer bajo ella las horas. Era mayo, y había sombras largas en sus perfumados ocasos. Era febrero, y una luz senil tendía una cortina de encajes sobre una ociosa calleja. Y era agosto, con cálidas rosas sobre muros resolados. O noviembre, con cristales nublosos y siluetas imprecisas de unos espectrales amantes, como un escaparate de pascuas. La ventana empezó —¿qué febrero, qué mayo, qué agosto, qué noviembre?— a motivar preguntas misteriosas. Un perro huidizo fue muerto en un alba por una madrugadora carreta. Su cadáver permaneció varios días bajo la ventana ignorante. Fue otro día un sacerdote quien se abrió allí las venas. La gente empezó a mirar con superstición hacia la macabra ventana. Luego, ya, todo asesino vulgar, todo caprichoso suicida, era atraído hacia el tradicional escenario. Había de ser allí precisamente, aunque hubiera rincones más penumbrosos, plazas más solitarias, superiores encrucijadas. Esa muchacha que ha muerto hace apenas diez días, llevándose hasta el cielo el secreto de su destrozado cuerpo y de su cráneo fracturado, si se detuvo un instante, al morir, bajo una ventana iluminada, no fue para hacerse doble blanco de un puñal lanzado al aire y de un acelerado mazazo. No hacen falta elecciones de Poe ni sherlockhólmicas sutilezas. ¡Cuando Esquilo ya ha hablado, y ha hablado Shakespeare, y Lenormand ha hablado! Pero hay, en tanto, un enamorado infeliz entre bizquerías judiciales y lobregueces de una casa celular y sonar de llaves y horizontes enrejados. Ha perdido su ventana de tantos días. Ha perdido sus ocasos de mayo, sus encajes de febrero, sus rosas de agosto, sus encristaladas luces otoñales. ¿Qué ha tenido que ver con ese sacerdote, esa muchacha o ese perro? Habla ahora en voz baja, y suspira, y dice: «¡Señor!», con el mismo aire vaticinal que cuando era marco de su vida una ventana abierta sobre un callejón desolado. Llegará —va a llegar— el día de los birretes oscuros y las oscuras togas. Llegará —va a llegar— la oración leguleya y el ceremonioso fallo. ¡Y la ventana espera! He visto, por primera vez, unas tablas despintadas tras los envelados cristales. He visto unas flores reflejadas en su luna nueva. Está como muerta. Como recién apuñalada por la sanción de un perro hambriento, un cura paranoide y una misteriosa muchacha. ¡Si no por ese amante infeliz —soflamadas lenguas hermenéuticas, síes juratorias, índices oficiantes— por la angustiada soledad de la dolorosa ventana!

INVERNO

PARADE

Realizaba con esto altivos sueños de los cincuenta años. Mi espalda comba, mi paso tembloroso y mi desmesurada calva medían bien los días aguardados.

¿Cuánto tiempo había permanecido cerrado el trágico balcón? Lo abrí vacilante, pensando que aún habría sobre las maderas huellas de sus manos. Todo seguía teniendo el mismo aire de entonces. Venía de la calle un conocido olor a humedad y a grasas. Los raíles de la vía brillaban bajo la luna con iguales reflejos. Iba y venía despaciosamente, la gorra en una mano, la sombra triste del guardagujas. Pasaron dos trenes aureolados de humo negro y de lamentos de sirena.

¿Habéis oído alguna vez a una orquesta de *clownes* tocando la «Valse poudrée», de Popy? La música y sus intérpretes van tan de acuerdo, está tan hecha la una para los otros que se piensa que más que de una expresión de letra ajena se trata de una instintiva improvisación.

Un pedazo de barrio anónimo solitario y tenebroso, solo paseado por trenes inclementes y carromatos de la madrugada, tenía que haber terminado preciso escenario de un crimen como el mío. Se había estado preparando durante largos años para mi primera salida de criminal improvisado. El debut de su héroe. Mi escena de *amateur* del asesinato.

Era, pues, mi vuelta, un poco la vuelta del hijo pródigo. Se adivinaba una ternura paternal latiendo en todas y cada una de las cosas que en aquellos momentos me rodeaban.

Yo había citado allí, aquella noche, a varios criminales desconocidos, con objeto de confrontar sus crímenes con el mío y poder deducir del cotejo calidades beneficiosas para mi crimen, a expensas de la supuesta inferioridad de los suyos.

Esto solamente me había llevado allí.

Mi retorno tenía una causa asentimental y única. No había venido a templar recuerdos —si se despertaron fue a pesar mío; me poseyeron ellos a mí y no yo a ellos— ni a desenterrar horas pasadas. Acudía a una cita expresa. Era el criminal número 10 que esperaba a sus nueve hermanos menores.

Fue como si lloviera esencia de jazmín en la calle. Luego como si la destilaran sobre mi propio rostro.

Así anunció su inmediata presencia el primer criminal.

Era este un jazminero corpulento. Florido hasta más allá de su posibilidad de floración. En él se habían refugiado las flores de cien jazmineros floridos. Se habían dado cita en él la noche histórica del crimen y, halagados de la hazaña, habían olvidado el retorno.

Imaginad ahora, por unos momentos, un jardín de palacio español del siglo diecinueve. Dan sobre este jardín varias ventanas. Una de ellas cabalga sobre un huesudo y alto jazminero.

He aquí el escenario elemental del crimen.

Fue la víctima una joven de diecisiete años, que dormía confiadamente el último sueño de las vírgenes morenas.

Su cadáver conservó durante muchos días la sonrisa inconfundible de los que mueren intoxicados con perfumes.

En el crimen estuvieron complicados una doncella de la víctima, que rompió alevosamente el día de autos un cristal de la alcoba de su ama, y varios faroles vecinos, cooperadores conscientes en el asalto de la casa.

Nadie como este singular jazminero ha lastimado más hondamente mi vanidad de criminal intacta.

Me irritaba, más que el pavoneo, el olor a perfumería y la falsa floración, su evidente capacidad de perpetrador de un crimen de tan extraña belleza.

(Unos días después, escribía la «Carta a Gustavo Adolfo Bécquer», incluida en mi Segundo epistolario. A ella pertenecen estos significativos fragmentos:

«Usted únicamente, Gustavo Adolfo Bécquer, novio de todas las muertas bonitas. Ningún otro que usted ha podido ser el inspirador de ese crimen...».

«Su barba suave y sus ojos del Sur han andado mezclados en este bello cuento...».

«Usted amortajó el cuerpo de la víctima. La llamó ángel andaluz entre ayes de su musa de sangre. Usted siguió a distancia el coche del entierro y lloró enternecido sobre la tumba alunada...»).

El segundo criminal era una cuna de caoba, oscura, pesada y fea, con un ingrato aire de transición entre pesebre de corral y coche de tiovivo.

Una noche, cuando más feliz era el sueño de un niño recién nacido que dormía sobre ella, dio, haciendo con esto un desmesurado esfuerzo, una violenta vuelta de campana, y apretó fuertemente a la tierna criatura bajo su vientre acolchonado. En esta criminal posición permaneció hasta las primeras horas del próximo día, en que, convencida de la muerte de su víctima, tornó a abrir de nuevo su gran boca bajo los cielos recientes, convirtiéndose entonces de infanticida en lecho del infanticidato.

Su crimen lo condecoraba de un halo de flores blancas, músicas celestes y angelitos retozadores.

¿Quién iba a imaginarse que pudiera ser así el cuerpo normal de un rayo en descanso?

He aquí que mis ojos se habían detenido esta vez ante el tercer asesino.

Era una desproporción ingeniosamente conseguida lo que informaba la especial anatomía de aquel repugnante engendro asteróidico, que olía a humanidad, a fábrica de luz eléctrica, a carbón vegetal y a excremento de perro.

Tenía de persona, animal y árbol, en partes desiguales. Estaba animado de una conciencia mecánica extraordinaria.

Al pavor que producía su presencia se sumaba una sutil repulsión espeluznante muy próxima a lo que puede ser el horror metafísico.

En su crimen andaba un joven de veinticuatro años, hijo único de viejos campesinos, que

había terminado hacía dos días su carrera de ingeniero electricista.

Supuso varias cosas probables. Que el joven ingeniero iba a llenar de pararrayos los campos. Que venía a quitarle su libertad de rayo silvestre, a llevarle por cauces fijos, a señalarle rutas, a sujetarle con riendas de acero.

Le acechó en una esquina del paisaje, y cayó sobre él y su caballería, carbonizándolos bárbaramente.

No satisfecho acaso, hizo restallar aún al día siguiente su látigo rojo sobre los cielos del entierro.

Encontraba en su crimen de defensa personal lenitivos para su pobre espíritu errante, que más le hacían desapacible e intransitable.

Era, a pesar de todo, un vulgar asesino de ocasión, que otro día podría ser igualmente víctima.

¿Os acordáis de la misteriosa desaparición de los senos de un busto de jardín público ocurrida hace algunos años en una apacible capital andaluza?

El suceso entretuvo durante varios días los mejores ocios del comentario periodístico. Las soluciones oscilaron de la venganza política a la broma perversa. Nadie sospechó ni estableció relaciones entre la doble amputación y un doble fallecimiento cercano: el de dos niños gemelos, biznietos de la desenada heroína.

El cuarto asesino que apareció ante mí no era otro que este busto de plaza del Sur, tal como lo había yo visto en las revistas gráficas ilustradoras del anónimo accidente.

Parece que todos los anocheceres salían de su casa los niños gemelos, con el único y premeditado objeto de masturbarse a la sombra de los altos senos del busto de la bisabuela.

Ella premió, al fin, la infantil hazaña diaria dejándoselos caer sobre sus cabecitas rubias, que habrían de marchar la tarde siguiente camino de otros jardines más bellos. La meningitis se había presentado a medianoche, entre sollozos de una mujer desnuda, correr de criadas y timbres de teléfono.

El busto de la dama andaluza estaba demasiado orgulloso de su crimen, que había quedado impune por un fortuito olvido del jardinero, que había dejado destapada una alcantarilla próxima al asesinato.

En ninguno de los varios descubrimientos de senos de mármol, durante obras de alcantarillado, he intervenido yo para nada. He guardado hasta hoy, candorosamente, el secreto, con la misma preocupación que si de cosa mía se tratara. Si en mi fichero íntimo aparece el crimen del busto bajo el signo de Olalla Pineda, ya sabéis por qué he traído este santo nombre y por qué he evitado, también, el verdadero.

DIARIO A LA SOMBRA DE UNA BARCA

13 de enero

Los barrios marineros de los puertos del mediterráneo están hoy demasiado vigilados para que pudiera terminar bien mi aventura. Eso es todo. Mi parada se quebró en sus mitades. Se agostó su fin, como sueño interrumpido. Quedaron allá, en la blanca alcoba del crimen, esperando revolver de mis ojos, y entre dorados cascos policíacos, un caballo de cartón, asesino de su infantil dueño; un cable eléctrico, electrocutador de un viejo cochero; un guerrero de cuadro histórico, que apenas dio, para asesinarle, tiempo a su pintor, a que terminase de pintarle su espada; una hoja Gillette, autora de milagrosas sangrías; un sexagenario pene, violador y asesino, a la vez, de una niña de siete años.

Fue todo tan imprevisto, estaba yo tan lejos del mundo, tan cerca de Dios o tan vecino de los ángeles, que me es imposible poder reconstruir ahora cómo sucedió todo aquello.

Me admira aún la fría habilidad con que pude burlar una persecución tan astuta. Me tiemblan todavía las piernas. Me zumban espantosamente los oídos. Vivo oculto, desde hace cuatro días, en el fondo de una barca encallada en una solitaria marisma, visitado solo cada noche por un horrible marinero noruego que me trae pan, esperanzas de fuga, fruta pasada y rosas rojas.

De este marinero espero mi liberación, que se alarga ya demasiado. No duermo. Apenas como. El ruido igual y constante del mar sobre un viejo rompeolas cercano terminará volviéndome loco, si antes no me hago un ataúd con mi barca o me dejo tragar por los tiburones.

18 de enero

Anoche he visto, sobre una luna en menguante, una rubia Virgen del Carmen. Tenía un gran escapulario marrón y unos azules ojos maternos. Ella misma me ha anunciado mi próxima liberación sobre una hermosa nave de plata.

19 de enero

Desde el amanecer acecho inútilmente, a través de una ancha rendija abierta entre dos tablas de la barca, el paso imperioso de una nave.

Espero que esta noche se resolverá tal vez todo. Confío, más que en el marinero noruego, en la próxima luna. El mar se confundirá de pronto con el cielo, y serán los vientos del Este mis huéspedes, y mi barca la luna naciente. Podré ir desnudo sobre ella, dueño de mis barbas floridas, timonel de sus cuernos, blanco como ella y como ella sin patria. Será un viaje feliz de no sé aún qué remota Cíterea. Preveo que todo sucederá tal como lo pienso.

20 de enero

Blanca como el barco que me salve era aquella blanca muchacha. ¿Quién desnudó su cuerpo?
¿Quién lo arrojó en el aire?

Yo vi su entierro de joven desposada. ¿No toqué acaso sus enrojecidas carnes?

No sé su nombre, ni el color de sus cabellos, ni el timbre de su alma. Habrá sin duda una pequeña lápida, perdida entre flores de un cementerio de barrio.

Blanca como el barco que me aguarda. Solo sé que era blanca; pero que después fue roja.
¿Quién ha dicho que yo era su marido, que yo la amé, que tuve un hijo con ella?

¡Aaaaaaaaah! Aúlla el mar otra vez. Sí. Rompe ya el viejo rompeolas. Llévate luego la
playa y mi barca.

No espero nada de ti, horrible noruego.

No espero nada de tus sangrientas manos ni de tus promesas odiosas. Guárdate tus brazos de
remador. Guárdate tus marineras experiencias.

Yo tengo ya mi barco de plata.

Ya está ahí. Antes que tú, noruego. Cuando llegues, ni estará la barca vacía ni me encontrarás
acaso en la barca. Yo he clavado sus marchitas tablas y he puesto escayola en las roturas y he
compuesto sus remos y la he aparejado para el viaje. Mira la marisma solitaria, el oleaje del mar
y la estela de mi marcha.

Cómete tu pan, robado en no sé qué odiosa tahona. Cómete tu fruta —horrible noruego— y tus
rosas.

EPÍLOGO

EN LA ISLA DE LAS MALDICIONES

Esta isla lejana, en la que ahora vivo, es la isla de las maldiciones.

Bulle a mi alrededor un mar adverso, de un azul blanquecino, que se oscurece en un horizonte marchito, vacío de velas latinas y de chimeneas trasatlánticas. Hay bajo mis pasos una masa de tierra parda bajo puñales curvos de cactus, higueras mórbidas y aulagas doradas. Sobre unas rocas frontales se desmayan las sombras violeta de unas garzas.

Yo, el hijastro de la isla. El aislado.

Asisto a la apertura del naufragio más largo de los siglos. El anunciado tiernamente por el Apocalipsis. Aquel en que el sol se inmoviliza de pronto, o en que su paso es tan tímido que la vista o no acierta a seguirlo o apenas si lo advierte.

Presiento que no se va a acabar nunca este ocaso, medido como por un gran reloj cuyo péndulo corriera lentamente en cada oscilación millares de kilómetros. Pendientes de él hay un nacimiento de aventura, un huevo en flor y una pistola engatillada.

«Y yo no he traído hasta aquí —escribo— ni sus muslos de nieve, ni sus manos hábiles, ni siquiera sus ojos desmesuradamente abiertos dentro de un estuche sin leyenda...».

Vaga en el aire un alto oro de ausencia, como vigilia de alma en pena, o sueño de niño agonizante, en lucha silenciosa con el paisaje y sus recuerdos.

De quebrados rincones llegan ecos de alcobas secretas sobre jardines enlunados; de balcones entreabiertos a noches profundas; de voces impotentes de naufragos; de bancos solitarios donde yacen cadáveres de niñas recién asesinadas; de hombres que corren por una calle larga en cuyo fondo hay un cuchillo ensangrentado, un joven muy pálido y muchos angustiosos gritos de hambre.

¿De dónde ha caído esa luz en que se han quemado mis manos y las cartas donde mi único secreto vivía entre estremecidos temblores agobiantes?

¿Quién es esa mujer que se ha arrojado al mar para no tener que desnudarse más ante marineros, comerciantes y soldados, tan frágil y blanca, que su cuerpo, un momento sobre el agua, se confundió con la espuma marina y con la estela de la luna y con las alas de las gaviotas?

¿De dónde ha venido ese grito que ha interrumpido de pronto la tarde y ha hecho volver a un mismo tiempo todos los ojos y todas las manos hacia un mismo punto vago y distante?

¿Y de quiénes son esos cadáveres que ha tendido la última marea sobre las playas del alba y de quiénes esas coronas de rosas y esos pasos silenciosos sobre la arena en sombra?

Yo, el hijastro de la isla. El aislado.

Asisto a la apertura del naufragio más largo de los siglos. Aquel que el golpear del pico de un cuervo lo mide sobre el corazón de una virgen, y del que hay pendientes amarguras, óleos y sueños.

Cuando me asome, una noche, al espejo, con un candelabro encendido entre las manos, veré amanecer tras el cristal mi imprevista vejez precipitada por una lívida tarde sin proa.

Me voy hundiendo, atropelladamente, en un ocaso, que se hace cada vez más hondo, precedido por la ávida cita de una estrella.

Una mañana me despertaré huésped de mis alas maltrechas y no volveré a dormirme, con ellas, acaso.

NOTAS

[1] La cineasta belga Isabelle Dierckx tomó este asunto como excusa para el confuso y, por momentos, hilarante documental *La isla donde duerme la edad de oro* (2005).

[2] En 1927, el gobierno de Primo de Rivera materializó la división provincial que vendría a institucionalizar el absurdo pleito insular entre Tenerife y Gran Canaria, filón que aún hoy explotan los poderes fácticos locales.

[3] Los hermanos De la Torre, polifacéticos por su actividad teatral, literaria y cinematográfica, merecen especial atención. Josefina, en el periodo pregolpista, publicó *Versos y estampas* (Málaga, 1927), con prólogo de Pedro Salinas, y *Poemas de la isla* (1930). Será, con Ernestina de Champourcín, una de las dos únicas mujeres incluidas en la antología de poesía española realizada en 1934 por Gerardo Diego, librándose así del injusto olvido en el que cayeron Concha Méndez o Rosa Chacel. En cuanto a Claudio, su hermano mayor, me remito a un dato de su palmarés literario: en 1923 ya había ganado el Premio Nacional de Literatura con *En la vida del señor Alegre*. Aún obtendría ese mismo premio en dos ocasiones más, por *El río que nace en junio* y *El cerco*, en 1950 y 1965, respectivamente. Su última novela, *Verano de Juan el «Chino»*, una historia de amor en tiempos del cólera publicada en 1971, se ha convertido con el tiempo en un título de culto.

[4] En esos años surgieron otras muchas personalidades importantes en la cultura insular, pero algunas de ellas ya no estaban vinculadas a Canarias. Caso paradigmático es el de Mercedes Pinto, que en 1923 ya había tenido que exiliarse a Uruguay para evitar una pena de confinamiento en Bioko, a causa de su conferencia «El divorcio como medida higiénica». Pinto viviría ya el resto de sus días en tierras americanas, donde desarrollaría una obra que ha sido ampliamente estudiada por Alicia Llarena en *Yo soy la novela*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria-Instituto Canario de la Mujer, 2003.

[5] Agustín Espinosa, *Textos (1927-1936)*, edición de Alfonso Armas Ayala y Miguel Pérez Corrales, Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura, 1980, pág. 341.

[6] Bautista Velarde publicará esa carta el 28 de enero de 1940, en el primer aniversario de la muerte de Espinosa, en *Falange* de Las Palmas.

[7] La madre de Espinosa fallecería pronto y Manuel Espinosa Suárez se casaría en segundas nupcias con Isabel García Estrada, hermana de Antonia María. Debo esta información a Joaquín Espinosa Boissier.

[8] Como cualquier adolescente de la época, lee a Emilio Salgari, a Mayne-Reid, a Emilio

Carrere, a Pío Baroja, a Pedro Antonio de Alarcón.

[9] Rodríguez Figueroa era un hombre peculiar que merecería más atención, pero, para resumir su figura, habremos de conformarnos con algunos datos: fue autor de la novela *El cacique*, dio asistencia letrada a los campesinos acusados durante los sucesos de Hermigua en 1933, fue destacado militante de izquierdas durante la Segunda República y murió arrojado al mar por los golpistas en octubre de 1936.

[10] De ello da cuenta José Miguel Pérez Corrales en el Apéndice a su edición de 2017 de *Oda a María Ana, primer premio de axilas sin depilar de 1930*.

[11] Por supuesto, este arquetipo de la *femme fatale*, actualización del mito clásico de la lamia, tiene mucho de misógino, pero la simpatía con la que escribe Espinosa sobre María Ana — pese a las faenas dramáticas que le hace— polemiza con esa visión de la mujer. Ya puestos a tocar el asunto de la perspectiva de género, Espinosa, hombre de su época y su país, no era feminista, pero no me parece más machista que otros autores de esos años. De hecho, se interesa por pintoras como Maruja Mallo y apoya en sus artículos a Dolores de la Torre o incluso a jóvenes creadoras que luego no consiguieron triunfar, como Juanita Dorta o la artista Maruja Sintes. Eso ya es más de lo que hicieron muchos por entonces.

[12] *Agustín Espinosa, entre el mito y el sueño*, de José Miguel Pérez Corrales, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1986, vol. I, pág. 11. Este ensayo, en dos volúmenes, recoge la tesis doctoral de Pérez Corrales y continúa resultando hoy imprescindible para quien desee profundizar en la obra de Espinosa.

[13] El Centro es una de las instituciones creadas en 1910 por el conde de Romanones, ministro con el gobierno de Canalejas, a propuesta de la Junta para la Ampliación de Estudios. Entendido como un taller, un verdadero laboratorio de ideas en torno a la historia, la filosofía y la filología, su historia está vinculada a nombres como los de Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Eduardo de Hinojosa, Miguel Asín Palacios o José Ortega y Gasset.

[14] José Clavijo y Fajardo (1726-1806), el ilustrado lanzaroteño creador de *El Pensador*, traductor de la *Historia natural de Buffon* y director del Real Gabinete de Historia Natural, fue, amén de esas proezas, protagonista de una rocambolesca historia de faldas que acabó convirtiéndolo en personaje dramático. El asunto fue más o menos así: después de seducir a María Luise Caron, hermana de Pierre-Agustín de Beaumarchais, se negó a cumplir su promesa de casarse con ella. Enterado del asunto, el de *Las bodas de Fígaro* se presentó en Madrid para defender el honor de su hermana, dando lugar a un escándalo mayúsculo. Hoy lo habríamos olvidado todo, como uno de tantos «asuntos de honor» que el tiempo ha devorado justamente, si no fuera porque Beaumarchais lo inmortalizaría tanto en un texto autobiográfico como en su obra *Eugénie* y, sobre todo, porque un joven Goethe se inspiraría en ellos para escribir el drama *Clavijo*, la primera obra que firmó con su nombre.

[15] En realidad, Espinosa gana por oposición la cátedra de Mahón, pero la permuta por la de Las Palmas, procedimiento no raro en la época.

[16] Inspirada por la *Revista de Occidente* y fundada en 1927 por Juan Manuel Trujillo, *La Rosa de los Vientos* tenía como referentes cercanos a Ramón Gómez de la Serna —que apadrinó su primer número con un breve texto— y Juan Ramón Jiménez. Espinosa, como los demás colaboradores, contribuiría desde ella a la difusión del ultraísmo y el creacionismo pero interesándose también por el dadaísmo, el futurismo, el cubismo y el expresionismo.

[17] Un comisario regio es, más o menos, un inspector de educación facultado para proponer

reformas y adoptar medidas que incidan en la buena marcha de los centros de su competencia. También es tarea suya decretar las bajas y las admisiones del alumnado.

[18] Esta breve filmación pertenece a la Filmoteca Española y puede ser consultada *on line*.

[19] Además de en *La Gaceta Literaria*, publica artículos, críticas o textos creativos en *La Tarde*, *El Heraldo de Madrid*, *Diario de Las Palmas*, *Azor*, *Islas*.

[20] Eduardo Westerdahl (1902-1983), a quien mencioné cuando hablaba de la foto de Espinosa con manguera al cuello, fue pintor, escritor, crítico de arte y, sobre todo, un dinamizador central de la vida cultural tinerfeña.

[21] Tras la madrileña *La Gaceta Literaria* surgen revistas de vanguardia por todo el país: *Litoral* (Málaga), *Mediodía* (Sevilla), *Gallo* (Granada), *Carmen* (Santander), *Parábola* (Burgos), *Meseta* (Valladolid), *Alfar* (La Coruña), *Verso y prosa* (Murcia), *L'Amic de les Arts* (Sitges), por enumerar solo algunas. Detrás de ellas están nombres como los de Manuel Altolaguirre, Jorge Guillén, García Lorca, J. V. Foix o Salvador Dalí.

[22] *Gaceta de Arte* llegó a editar 38 números entre 1932 y 1936. En su redacción, además de Espinosa, trabajaban Pedro García Cabrera, Ernesto Pestana Nóbrega, Domingo Pérez «Minik», Francisco Aguilar, Emeterio Gutiérrez Albelo o Domingo López Torres, entre otros. Hoy pueden leerse en línea todos sus ejemplares en el Archivo de Prensa Digital Jable, de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

[23] Revista del Centro de Estudios Históricos, dirigida por Pedro Salinas.

[24] La primera había tenido lugar en enero de ese año, en Copenhague.

[25] Que aparecería en octubre de ese año firmado por Breton, Espinosa, Pedro García Cabrera, Domingo López Torres, Benjamin Péret, Domingo Pérez «Minik» y Eduardo Westerdahl.

[26] La mayor parte de las obras de esa muestra que han podido ser localizadas por los historiadores del arte se encuentran hoy en importantes museos y colecciones privadas. En la exposición de Tenerife se ofrecían a la venta a precios ridículos. Cualquier coleccionista avisado habría hecho la inversión de su vida gastando las 600 pesetas que costaba un relieve de Hans Arp, las 1.500 que valía el *Jardín atrapa-aviones* de Max Ernst o las 1.250 que se pedían por *La libre inclinación del deseo* de Dalí. Pero no había coleccionistas avisados en Tenerife, al parecer, porque no se consiguió vender ni un solo cuadro.

[27] Al primero, como ya he comentado, acabarán arrojándolo al mar. Pérez «Minik» tuvo la fortuna de ser liberado posteriormente. La suerte Pedro García Cabrera, poeta gomero y destacado militante socialista, es, en cambio, absolutamente novelesca: trasladado a Villa Cisneros (hoy Dakhla) para cumplir pena de trabajos forzados, formará parte, a principios de 1937, de una espectacular sublevación y fuga a Senegal, desde donde pasará, vía Argel, a la Península para ponerse a la orden del gobierno de la República, que lo destina al Servicio de Información. En el Frente de Andalucía, es el único superviviente en un accidente al regreso de una misión de inteligencia, aunque queda gravemente herido. Aún convaleciente y, ante el avance nacional, intenta huir, pero es prendido en el último momento. Permanecerá en prisión hasta mediados de los años cuarenta, salvando nuevamente la vida de forma milagrosa en un consejo de guerra en el que se pedía para él la pena capital. Por si falta algo en esta novela que fue su experiencia de esos años, también hay amor: se casará y vivirá el resto de su vida con la enfermera que lo asistió tras su accidente, Matilde Torres Marchal.

[28] Lo que cuento a continuación, referido a los últimos meses de Espinosa y a su depuración, he podido reconstruirlo a partir de algunos documentos del propio expediente, de

informaciones directas de descendientes de algunas de las personas mencionadas, de la hemeroteca de la época y del relato que hace José Miguel Pérez Corrales tanto en *Entre el mito y el sueño* como en su más reciente edición de *Crimen*.

[29] El libro en cuestión trataba acerca de Horacio y no ha debido de aportar demasiado a los estudios sobre el escritor latino ni entonces ni después. Espinosa, en su artículo, se deshace en elogios y se las apaña para relacionar a Socorro con la tradición ilustrada canaria. Sin embargo, del libro solo cita un fragmento del prólogo y reproduce el sumario, lo cual me lleva a sospechar que, posiblemente, ni siquiera lo había leído antes de hacer su reseña.

[30] Entre las sofisticadas costumbres que los fundadores de Falange importaron del fascismo italiano figura la de practicar purgas con aceite de ricino.

[31] Luego se dedicarán, asimismo, a las letras. Antonio de la Nuez Caballero será periodista y profesor de Lengua, Literatura, Latín y Griego. Su hermano Sebastián de la Nuez Caballero destacará como ensayista, con más de trescientos títulos, entre los que destacan sus estudios galdosianos. Ambos, en sus intervenciones públicas, defenderán vivamente la memoria de Espinosa.

[32] Colaborador de *Revista de Occidente*, Agustín Miranda Junco era abogado del Estado y en 1937 fue nombrado secretario general de Guinea. No se puede dudar, por tanto, de su capacidad de influencia.

[33] «He estado enfermo —por variar— unos días [...]. Yo vivo con mi suegra. De prestado. No tengo sueldo. Si quedara alguna vacante en el periódico, ya sería otra cosa», le escribe a Eduardo Westerdahl en esos tiempos. La carta, por cierto, lleva el membrete del periódico *Falange*. Debo el conocimiento de este documento —conservado como D303 en el Fondo Westerdahl del Archivo Histórico Provincial de Tenerife— a la gentileza de la historiadora del arte Ángeles Alemán Gómez.

[34] El profesor Pérez Corrales ha publicado estos volúmenes él mismo en la colección *Insoladas* y solo pueden ser adquiridos por encargo en plataformas como *lulu.com*. Resultan muy recomendables para quien desee estudiar en profundidad la obra completa de Agustín Espinosa.